

Jean-Claude Milner

El amor por la lengua

Traducción: Armando Sercovich



EDITORIAL NUEVA IMAGEN

Primera edición en francés, 1978
Primera edición en español, 1980

Portada: *Alberto Diez*

Título original: *L'amour de la langue*
© 1978, Éditions du Seuil, París
© 1980, Editorial Nueva Imagen, S.A.
Sacramento 109, México 12, D.F.
Apartado Postal 600, México 1, D.F.

Impreso en México
ISBN 968-429-172-8

Índice

Introducción	9
I. Antedecir	17
II. Producción de la lengua	27
III. Lingüística sutil y contumaz	39
IV. Lingüística una e indivisible	47
V. Periplo por los embrollos del Todo	69
VI. Un lingüista deseante	83
VII. De la lengua	95
VIII. Del lingüista	109
IX. Envío	119

Introducción

El campo freudiano es coextensivo al campo de la palabra. Pero la palabra misma no funciona en todos los sentidos, al chocar sin cesar con que todo no se dice. Pues es un imposible propio de la lengua, que siempre vuelve a su lugar, y del que algunos llegan hasta a enamorarse —los denominados “puristas”—: los “dichos pero no dichos”, la regla, el uso soberano; en otros términos un *real*. Con ese real, el ente hablante debe arreglarse. ¿Qué tiene de asombroso que trate, en sentido propio, de domesticarlo mediante ese arte amoroso que se llama gramática, por esa ciencia que se llama lingüística?

Entre el arte y la ciencia, el límite está en un axioma que deniega al primero y en el que se sostiene la segunda: lo real de la lengua es del orden de lo calculable. Pero al axioma mismo no se llega sin rodeos. Aquí es necesario:

1] Constituir la lengua como un real; hacerlo causa de él mismo, rechazando cualquier causa que no sea de su propio orden, no haciéndolo causa sino de su orden. Eso es lo que se denomina lo arbitrario del signo, con lo cual queda dicho solamente que el signo no debe tener ningún amo fuera de él mismo, y que no es amo sino de sí mismo.

A M se es de Albinen

2] Constituir la lengua como un real representable para el cálculo, como un real que sea sustituible por las letras pequeñas de una formalización. Es para lo que sirve el concepto de signo y el principio de distintividad. Cada segmento de la lengua —palabra, frase, sonido, sentido— entendido como signo, es representado de manera unívoca y analizable: identidad por identidad, diferencia por diferencia.

3] No retener del ente hablante en general sino aquello que lo hace soporte de un calculable, pensarlo como un punto sin división ni extensión, sin pasado ni porvenir, sin conciencia y sin inconsciente, sin cuerpo, y sin otro deseo que el de enunciar. Es el ángel, el que desde siempre representa lo que adviene de un sujeto cuando sólo se retiene de él la dimensión de enunciación pura.

4] No retener de la multiplicidad de los entes hablantes sino lo que es necesario para constituir un real calculable como lengua: sea dos puntos, uno de emisión y el otro de recepción, dos puntos simétricos, dotados de las mismas propiedades, indiscernibles, por tanto, salvo por su dualidad numérica. Eso es lo que opera el concepto de comunicación.

Así se constituirá, de cálculo en cálculo, la red del real, con lo imposible, entendido como lo agramatical, como único principio de investigación. Lo asombroso es que se llegue a eso.

Aquí, el psicoanálisis tiene un solo asidero válido: el enunciar que, en materia de lengua, la ciencia puede fallar. A lo cual la ciencia tendría muy poco que objetar, porque en la lingüística las cosas no andan como en la lógica: el real en el que la lingüística se sostiene no está saturado, está recorrido por fallas, las que son perceptibles para la misma ciencia.

Esas líneas de fallas se entrecruzan y se superponen. El cálculo las registra como lo que le es irreductible, pero esas fallas no diseñan otra red a partir de la cual

se pudiera construir una ciencia nueva, singular; vanidad de las gramatologías. Su naturaleza y su lógica, empero, son aclarables por el discurso freudiano: en *lalange*, entendida en adelante como no representable para el cálculo —es decir como cristal—, esas fallas son los retratos donde el deseo destella y el goce se asienta.

Así anunciaba yo en 1974 una serie de exposiciones que pensaba desarrollar en el Departamento de psicoanálisis de Vincennes. Estaba entonces ocupado en la redacción, con fines universitarios, de un trabajo de estricta sintaxis; asombrado, sin duda, de verme llevado a ese extremo, pero también asombrado de no aburrirme mayormente. A veces también me asaltaba la sospecha: ¿será posible que la lingüística me interese?

En cuanto a la gramática, yo la sabía, puesto que había podido observar constantemente en qué medida, aburrido de los trabajos que requieren originalidad e inventiva, me recuperaba mediante trabajos de pura lengua: traducciones o comentarios filológicos. Pero de ahí no resultaba nada para la lingüística, a la que por mucho tiempo yo había tenido por mero sucedáneo, impuesto por la dura modernidad, de aquella gramática, en adelante caída en el descrédito. Pero he aquí que yo mismo me encontraba dedicado a la ciencia que me calificaba en el mundo. Esto iba en contra de lo esperado y merecía que me interrogara.

Sin duda, yo hubiera podido sostener que, en ese movimiento sólo me animaba una preocupación epistemológica. Si, después de todo, la lingüística es una ciencia ¿no será bienvenida la ocasión de que en el momento en que un practicante se dedica a ella en detalle se vuelva a los fundamentos y se aplique a ponerlos en el lenguaje conceptual que le es conveniente? Pero eso hubiera sido, lo veía claramente, distorsionar los hechos. Porque, por una parte, yo creía po-

co o nada en la epistemología. Si Koyré y Lacan están en lo cierto, si desde Galileo la ciencia no es más que un campo caracterizado por dos cualidades: constitución de una escritura matematizable y validación de toda técnica eficaz, entonces la cuestión epistemológica fundamental: "¿determinado conjunto de proposiciones es una ciencia?", se revela frívola hasta más no poder. Basta con establecer si esas proposiciones pertenecen al campo de la ciencia, es decir, si presentan los caracteres requeridos. Ciertamente, hace un tiempo algunos epistemólogos trataron de fortalecerse con una urgencia política, porque si es necesario que el marxismo sea una ciencia, está claro que la ciencia no podría ser definida según el modo moderno. ¿Dónde está la escritura, dónde la técnica que el marxismo validaría? Se debe, entonces, recurrir a los criterios clásicos, apenas adaptados, de Aristóteles: buena definición del campo, del objeto, de los conceptos, de los axiomas; en resumen, el arsenal conocido. Pero pasado algún tiempo, la urgencia política perdió peso. Aun si el marxismo poseía alguna verdad ¿por qué debía ser, en consecuencia, ciencia? ¿No había aquí algún prejuicio, de hecho el prejuicio moderno por excelencia, de que el lugar de toda validez no pudiera ser otro que la ciencia? En cuanto a saber si el marxismo tocaba la menor verdad, pasemos. Nada impedía, entonces, retornar todas las cuestiones epistemológicas a su forma simple. Luego, para la lingüística, resulta particularmente cómodo en la actualidad —digamos a partir de Chomsky— establecer su pertenencia al campo de las escrituras galileanas; lo cual, por otra parte, no presenta mayores consecuencias, salvo establecer en forma exacta su relación con la gramática.

Suponiendo, sin embargo, que yo no le haya asignado ninguna importancia a la epistemología, de todos

modos no era eso lo que me ocupaba en ese momento. Estaba de hecho requerido por la circunstancia de llegar al lugar mismo donde alguna cosa de la lengua, al presentarse como regla enunciabile científicamente, me interesaba. Sobre ese punto, igualmente, yo había tenido en otros tiempos una respuesta preparada; convencido de que los animales intelectuales, como en la jungla de Kipling, se dejan guiar por una palabra clave que sólo necesita ser articulada y mediante la cual toda proposición imaginable se encuentra medida. Había pensado que en las diversas épocas esa palabra se había hallado emitida desde puntos diversos: la teología, sin duda, pero su hora había pasado; la filosofía, en cambio, estaba entonces —hacia 1960— en su pleno brillo. Pero mi escaso gusto por las ideas originales me alejaba de una disciplina en la que aquéllas dominan. Quedaba la gramática. Es cierto, después de todo, que desde cierto punto de vista, la gramática posee jurisdicción universal sobre toda proposición; bastaba entonces atenerse a ese punto de vista para ostentar las insignias de una monarquía absoluta sobre el discurso.

Al rehallar así la estructura de una impugnación medieval, pero solucionándola por la resignación, yo había buscado por el costado de la gramática aquello que la filosofía parecía negarme. Sin duda, hubiera encontrado, más tarde, algunos otros recursos en la epistemología, la que, por definición, convoca a toda proposición y la mensura conforme con la palabra clave de ciencia o teoría. Asimismo, en la política, de la cual es propio, en Francia, asignarse poder universal de validación e invalidación. Aún entonces, sin embargo, la gramática, así fuera bajo su forma modernizada como ciencia, había permanecido como una posibilidad menor, pero segura, tanto más cuanto que reinaba la creencia de que la lingüística había realizado el

destino de todas las ciencias del hombre.

Pero, en 1974, yo no creía más nada de todo eso. No sólo la filosofía, no sólo la política se había desvanecido como una humareda hacia la luna, sino que, radicalmente, el real había pasado: no hay palabra clave. Porque hay un Amo, porque hay una infinidad de palabras, todas o ninguna, según el capricho de la fortuna, que pueden servir al discurso de ese amo. Porque, finalmente, no existe la universalidad del discurso. Sin embargo, la lingüística resistía, y, lo que es más, resistía en ella misma y no ya como avatar reciente de la gramática. ¿De dónde venía, una vez más, esa resistencia y ese inesperado interesamiento de un deseo?

Un solo acceso: tratar de establecer si tiene algún sentido hablar de un deseo de lingüista como tal y luego tratar de nombrarlo; es decir, articular las vías por las cuales un ente hablante puede inscribirse como soporte de una ciencia que tiene como lugar aquello que hace que haya ente hablante, y como objeto alguna región de ese lugar. Forma de autoanálisis salvaje, quizá, pero garantizado, sin embargo, por los significantes de la orientación lacaniana, la que prohíbe que todo, y no importa qué, sea allí proferido. Yo me valía de esos significantes para interrogar a la ciencia, donde descubrí que era seguramente como sujeto que allí me inscribía. Es posible que sea eso lo que algunos llaman epistemología lacaniana, en forma bastante impropia, sin embargo, puesto que lo único que importa en este caso es el modo de atadura de un deseo y algunas locuciones, accesoriamente calificables dentro del orden de la ciencia.

Las exposiciones que anunciaba tuvieron lugar en el curso del primer semestre lectivo de 1974-1975, y, como se podía esperar, no quedaron sin efecto sobre quien las había proferido. Esto al punto que, al releer un día el programa que yo mismo había redactado, me

pareció que era posible y deseable una mayor precisión. No consideré correcto dejar de testimoniar de algún modo. De la misma manera, y sin ceder a instancias de nadie, sino por mi propia decisión, puse por escrito mis exposiciones y solicité su publicación a la revista *Ornicar*, la que las aceptó. Semipublicación, de hecho, cuyo carácter reservado convenía a lo tentativo de mi propósito. Después, el testimonio de algunos, traductores o poetas que por ellos mismos se saben interesados en la lengua, no menos, además, que el silencio incómodo de algunos aturdidos, me aseguró que, por oscuramente que fuera, había tocado alguna verdad. De ahí me vino el apetito de publicar más de esa verdad, reforzado quizás ese apetito por una necesidad retorcida de tomar aquella verdad más anodina para mí.

Pero, como se sabe, no se pasa sin obstáculos de aquello que fue clandestinizado a una forma más patente. Yo no quería ni podía retomar sin modificaciones el texto de *Ornicar*. Ese texto, por otra parte, no había dejado de existir, y habría cierta sombra de fraude en extenderlo mediante la inyección, por aquí y por allá, de complementos retardatarios. Además, algunas observaciones de Deleuze y Guattari, en su *Rhizome*, me habían alcanzado: ¿necesitamos realmente libros arborescentes o lineales? Pues yo prefería remitirme a los arreglos amistosos y a lo heterogéneo: conservar el texto de *Ornicar*, mediante algunas revisiones de detalle, pero insertar allí en tres ocasiones un rodeo, anticipando, desplazando lo que es del texto; con correcciones a veces, y con reafirmaciones otras, por otros caminos. En una palabra: un poco de agitación pero no por demás, porque no tiene sus tabúes.

Epistemología lacaniana

I. Antedecir

Se nos presenta un conjunto de realidades a las que llamamos *lenguas*. En verdad muy poco dudamos en atribuirles ese nombre —a todas y a ninguna—, como si dispusiéramos siempre de una regla que nos permitiera, dada una realidad, determinar si ésta pertenece o no al conjunto. Eso supone, inevitablemente, algunas propiedades definitorias, comunes a todos los elementos que merecen el nombre de *lengua* y exclusivamente representadas por las lenguas. Supone que por abstracción se les confiera a esas propiedades un ser autónomo, y se obtenga aquello que se denomina el *lenguaje*. Nada más *en sí* que un punto a partir del cual las lenguas puedan ser reunidas en un todo, un punto al que se le ha conferido extensión al asignarle propiedades enunciabiles.

Pero ese momento del lenguaje no hace sino tematizar una operación anterior, pues decir *las lenguas* es ya, quizá, por lo menos, concebirlas aptas para ser reunidas. En la deriva que relaciona las lenguas con el lenguaje, una proposición debe ser inmediatamente restituida: "las lenguas forman una clase consistente". Una clase, por tanto, tal que los elementos de la misma pueden ser pensados *todos juntos* sin contradic-

ción.¹

Es o lo que dicen nuestras palabras, pero, de la misma manera sentimos lo contrario: ¿quién no ve que la clase de las lenguas puede ser inconsistente, puesto que siempre uno de sus elementos es tal que no puede ser planteado sin demostrarse inconmensurable con todos los otros? Esa lengua, usualmente llamada materna, puede siempre ser tomada por un aspecto que le impida hacer número junto con otras lenguas, agregarse a aquéllas, serles comparada. Luego, establecido esto, ¿qué impediría tomar a todas las otras lenguas por ese mismo aspecto y considerarlas radicalmente impropias para totalizarse, y que lo que las hace parecidas se transforme en lo que las hace inconmensurables?

Pero, al decir *las lenguas*, decimos más aún. Ciertamente, las suponemos múltiples y reunidas, pero también suponemos que siempre es posible distinguirlas, pues ese plural es una colección de singulares, al mismo tiempo parecidos y discernibles. Dicho de otro modo, consideramos que siempre tiene sentido decir *una* lengua, de manera que se pueda siempre, con referencia a un segmento cualquiera, decidir si el mismo le pertenece o no. Nada, empero, es menos seguro. Aun admitiendo que siempre sabemos decidir si un segmento de realidad es o no de lengua, no resulta de eso que siempre se le pueda asignar a tal lengua más que a tal otra. Aparte de los casos usuales, donde la distinción es trivial, los hay cuya identidad y diferencia se confunden. ¿Qué ocurre con los diferentes tipos de sintaxis entre los que ocasionalmente podría elegir un sujeto conforme con su humor o con las circuns-

¹ Cf. J. A. Miller, "Théorie de lalangue", *Ornicar* I, pp. 27-28. La fuente es la carta de Cantor a Dedekind, fechada 28 de julio de 1899, en Cantor, *Abhandlungen mathematischen u. philosophischen Inhalts*, Olms Verlag, 1966, pp. 443-444.

tancias? ¿Qué ocurre con dos sujetos, ambos convenidos de hablar la misma lengua, y de los que, sin embargo, es posible testimoniar que sus juicios de gramaticalidad divergen constantemente? ¿Y qué con los dialectos y los "niveles de lenguaje"?

Entonces, el hecho de que no siempre se pueda decidir si dos lenguas son idénticas o no todavía no sería nada si siempre se pudiera asegurar que toda locución, y, por ende, toda lengua en tanto que conjunto de locuciones, es idéntica a ella misma. Hay, sin duda, precauciones elementales que permiten contornear las dificultades inmediatas; así es necesario, por lo menos, evitar que el más mínimo episodio circunstancial pueda oscurecer el resplandor de la identidad. Acceptamos entonces que se llama *la lengua* a ese núcleo que, en cada una de las lenguas, soporta su unicidad y su distinción. La lengua no podría representarse por el lado de la sustancia, indefinidamente sobrecargada de accidentes diversos, sino sólo como una forma invariante a través de sus actualizaciones, puesto que está definida en términos de relaciones.² Se reconoce aquí la escisión entre la lengua y el habla cuya mecánica, abiertamente o no, funciona en todas las versiones usuales de la lingüística. La operación es, por tanto, posible. Pero ésta no deja de suscitar sospechas cuando se observa que también es siempre posible —sin apartarse de la experiencia inmediata— hacer valer en toda locución una dimensión de no identidad, esto es: el equívoco y todo lo que se le relaciona, homofonía, homosemia, homografía, todo lo que soporta el doble sentido y el decir en medias palabras, el incesante tejido de nuestras conversaciones.

² Que esas relaciones sean las que Saussure, y después de él el estructuralismo, han descrito como paradigmáticas y sintagmáticas, o que se escriban como reglas de naturaleza diversa, poco importa.

Pues está claro que una locución, trabajada por el equívoco, es al mismo tiempo ella misma y otra. Su unicidad se refracta siguiendo series que eluden la usura, puesto que cada una, en cuanto ha sido dicha —significación, sonoridad, escritura, etimología, sintaxis, juego de palabras...—, se refractan, a su vez, indefinidamente. No es el árbol que calcula ese múltiple, sino el cristal del *aleph* con el que Borges quizá metafórica el lugar no idéntico donde todo ente hablante, en tanto que tal, se acredita. Y por recíproca se puede entender en la célebre afirmación de Saussure, “la lengua es una forma y no una sustancia”, la fórmula que salva la identidad; y la sustancia de la lengua revelaría, finalmente, lo que es: lo no idéntico a sí mismo.

Mediante determinados procedimientos se puede, sin duda, expulsar el equívoco. Si es por el sonido como se constituye, recurrir al sentido; si es por la escritura, etc. En síntesis, apoyarse en el hecho de que *hay* estratos. Se planteará, entonces, que los fonemas articulan las palabras y las distinguen; que las palabras articulan los grupos; y los grupos las frases. Mediante esa operación se introducen tipos y órdenes, de una manera tan parecida al método russelliano que se podría creer que este último es una simple repetición de lo que los gramáticos siempre habían sabido. Entonces, así como las paradojas consisten simplemente en confundir los tipos, lo mismo el equívoco se resuelve en un fantasma nacido de la indebida conjunción de varios estratos: el equívoco estalla en univocidades combinadas. Pero supongamos, por lo contrario, que uno se atenga a la experiencia: dentro de la locución, hablada o escrita, oída o leída, es por la abstracción como se distinguen los estratos. Nada requiere esa diferencia que hace que *Paris* sea al mismo tiempo un grupo nominal, un nombre, una serie de fonemas; que

pueda entenderse como una mención o como un uso, salvo la demanda de que la lengua no sea equívoca: círculo imaginario donde lo que permite satisfacer la demanda no tiene otro fundamento que la demanda misma.

Pero lo real del equívoco resiste; la lengua no cesa, por eso, de ser desestratificada.

Del mismo modo, desde el propio criterio de la lengua, no faltan los puntos donde la estratificación se halla suspendida. El inventario de éstos, por ser incompleto, no es desconocido. Pronombres personales, performativos, insultos, exclamaciones: todos elementos donde la definición que se mencione implica circularmente el uso del *definiendum*, cuyo sentido no se explica por entero sino por un recurso a la proliferación del sonido mismo. *Yo*, se sabe, designa al que dice “yo...”, *jurar* es decir “yo juro...”, etc. Indudablemente, eso no afecta la posibilidad de un inventario regular; basta, para que la lengua se construya, que mediante una nominación adecuada, esos elementos exorbitantes de lo ordinario se encuentren fijados en posición de límite. Pero eso mismo no se cumple sin pérdida; es necesario admitir en adelante, dentro del éter de la lengua, singularidades heterogéneas.

Más la lengua no se concibe claramente sino en la isotopía absoluta. Desde cualquier punto que se la considere, la lengua debería presentar la misma fisonomía. Pero es eso lo que disconfirman los datos más simples: siempre, dentro de la serie de los lugares homogéneos, se manifiestan algunas irregularidades.

Una lengua, como objeto posible de una proposición validable por todos, y, con más razón, la más mínima escritura científica, reclama ser siempre distinguible de lo que no es una lengua; ser distinguible siempre de otra lengua; siempre idéntica a ella misma; siempre inscribible dentro de la esfera de la univoci-

dad y siempre isótopa. En síntesis: la lengua debe ser Una. Pero es evidente que esas condiciones irreducibles no se hallan satisfechas sino a condición de eliminar algunas proposiciones:

- las lenguas no forman una clase consistente, siendo incommensurables;
- una lengua no es idéntica a ella misma;
- una lengua es una sustancia;
- una lengua puede dejar de estar estratificada;
- una lengua no es isótopa.

Mas, se ha visto, nada en la experiencia hace a ninguna de las anteriores proposiciones imposibles de sostener. Han sido eliminadas por una decisión de principio, y ese principio se reduce a la simple demanda de que determinado tipo de proposición universalizable pueda ser proferida en nuestra lengua.

Hay más que decir, pues esas cinco proposiciones descartadas no dejan de diseñar, tomadas en su conjunto, un cierto lugar de la lengua: un real que insiste en cada una y que ni la lingüística ni la gramática pretenden denegar. Este elemento insistente es, en efecto, del orden de las lenguas; lo que es más, no se sustrae enteramente al sentido, puesto que es desde la misma experiencia de donde se puede describir su confluencia, hasta el punto de que mantener separados esos elementos es proceder propiamente por abstracción. Faltaría, por tanto, nombrar ese eje que cruza las cinco proposiciones, del cual no hemos percibido aún sino su sombra proyectada. Pero aquí se anuda la dificultad. ¿Cómo asombrarse de que no se le proponga algún nombre con mediana facilidad, cuando cualquier nombre apunta a la univocidad? Nada de designación unívoca, por ende, para el lugar de los equívocos. Sólo puede ser utilizado aquí un simu-

lacro, éste mismo trabajado por el equívoco a cuyo real se apunta. Se comprende que se apropie aquí el nombre forjado por Lacan: *lalangue*.^{3*}

Lalangue es, entonces, una lengua entre otras, en tanto que, en caso de establecerse, impediría por incommensurabilidad construir una clase de lenguas que la incluya. Su figuración más directa es, por cierto, la lengua materna, la cual reclama muy poca observación para admitir que en cualquier hipótesis se requiere una fuerte torsión para alinearla dentro del lote común. Pero, inmediatamente, es también cualquier otra lengua en la medida que todas son, por algún costado, una entre otras y cada una es, para algún ente hablante, lengua materna. No es que el carácter distintivo que funda la incommensurabilidad de una lengua pueda enunciarse en proposiciones lingüísticas; al contrario, la incommensurabilidad se desvanece desde el momento en que se adopta el punto de vista que permitiría tales proposiciones. De otro modo: *lalangue* es aquello que hace que una lengua no sea comparable con ninguna otra, en tanto que, justamente, no es otra, y también en tanto que aquello que la hace incomparable no se podría nombrar.

Lalangue es, en toda lengua, aquel registro que la consagra al equívoco. Sabemos cómo llegar ahí: desestratificar, confundir sistemáticamente sonido y sentido, mención y uso, escritura y representación; impedir de esta manera que un estrato pueda servir de apoyo para desenredar a otro. Pero, es necesario ponerse en guardia: ese registro no es otra cosa que lo que distingue absolutamente a una lengua de toda otra. Y la particularidad de una lengua reside sólo en las series

³ Remito principalmente al *Entourdit* y a la última lección de *Encoire*, así como al comentario de J.A. Miller, "Théorie de lalangue", *Ornicar* I, pp. 16-34.

* El concepto acuñado por Lacan se empleará sin traducción [E].

donde su unicidad se descompone. Un modo singular de producir equívoco consiste entonces en eso de que es una lengua entre otras. Por ahí la lengua deviene colección de tópicos, todos singulares y todos heterogéneos. Desde cualquier ángulo que se la considere, la lengua es otra que ella misma, incesantemente heterotópica. Por ahí, igualmente, se hace sustancia, materia posible para los *fantasmas*, conjunto inconsistente de lugares para el deseo. La lengua es, entonces, lo que de ella practica el inconsciente, prestándose a todos los juegos imaginables para que la verdad, en el movimiento de las palabras, hable.

Lalangue es todo eso; se accede a ella, por tanto, por vía negativa a partir de las palabras usuales —“lengua”, “lenguaje”—, de las cuales el uso que hacemos permite fácilmente traducirse en teoría. Una vez propuesta, *lalangue* aparece, sin embargo, como aquello de lo cual esas palabras usuales son el tratamiento y la adulteración. Se puede, entonces, proceder por vía positiva y, a partir de *lalangue*, situar el lenguaje y la lengua. A *lalangue*, el lenguaje le presta los rasgos que la conducen hacia la compatibilidad y la pertenencia a una clase; al mismo tiempo, el lenguaje se inserta en el todo de las realidades en la que *lalangue* toma ubicación y distinción. Paralelamente, el ente hablante se concibe como un todo, distinguido por el hecho de que habla: el género humano, cuyo atributo esencial es el lenguaje. Es muy fácil, para quien lo quiera, marcar aquí la deriva imaginaria. ¿Se sostiene el lenguaje, en efecto, en alguna otra cosa que en ese momento en que el ente hablante se toma reflexivamente como poseyendo congéneres que forman clase junto con él y se distinguen dentro de un universo? ¿Hay, en síntesis, otro fundamento que el espejo y la imagen del semejante que allí se construye?

La lengua, en cuanto a ella, no lo es tampoco sin

efecto de deriva. ¿No confiare al lenguaje, al preservar su propia identidad, aquello que le es necesario para que cualquier pluralidad de entes hablantes subsista? A saber: el mínimo de permanencia que exige todo contrato, y del cual la escritura se hace de buena gana el soporte. ¿Equivale esto a decir que sería necesario volcar la lengua enteramente en la cuenta de lo imaginario? Eso es lo que muchos sostienen. ¿Es, empero, necesario llegar a admitir que gramáticas y diccionarios, que la escritura como tal, no testimonian otra cosa que el simulacro al que a menudo, efectivamente, se prestan? De otra manera, dicho de nuevo: ¿no es la lengua sino una máscara arbitrariamente construida y sin contacto con ningún real? Ésta es, por cierto, la incertidumbre que señala el lingüista, por poco que la efectividad del psicoanálisis no le sea desconocida. Poco importa que el lenguaje no sea sino deriva, pues para el lingüista sólo cuenta la lengua. Porque si fuera absolutamente cierto que la lengua no se refiere a ningún real, sería el deseo del lingüista el que se hallaría destinado a la gesticulación. Si, por lo contrario, los rumores respecto de la lengua son infundados, aquéllos concurren para un solo fin: hacer ceder el deseo del lingüista.

Esclarecer la relación entre el lenguaje y la lengua tiene que ver, así, con la ética.

II. Producción de la lengua

Nuestro objeto consiste en la lingüística en tanto que afectada por la posibilidad del psicoanálisis. De ahí el título que hemos elegido; su clave es simple y consiste en la conjunción de términos corrientes que, simplemente, han sido tomados al pie de la letra. ¿Qué es necesario, en efecto, que sea la lengua, para que con ella se pueda designar tanto el objeto de una ciencia cuanto el objeto de un amor?

De esta manera, adelantamos tres tesis:

- cuando se dice amar la lengua, se trata propiamente de cierto amor;
- la lengua que es en adelante cuestionada es precisamente aquello que la lingüística tiene que conocer;
- por ese entrecruzamiento es como se puede descubrir el punto donde el deseo viene a corromper una ciencia humana, donde se anuda, si se quiere prestar atención, una relación inteligible con una teoría posible del deseo.

Por tanto, la pregunta es: ¿qué es la lengua si el psicoanálisis existe?

Mas al decir *lengua*, evocamos nuevamente la serie *lengua, habla, lenguaje*, que el idioma nos propone y que la tradición nos impone. No evitaremos aquí los efectos de fluctuación, demasiado evidentes en la literatura, sino para determinar para ese conjunto un punto a partir del cual se le pueda *construir*. La serie, en efecto, como cualquier otra, recibirá su lógica del término que le es exorbitante siendo que la misma está hecha para obliterarlo. El término designado mediante el anterior subterfugio es *lalangue*, o, dicho de otra manera, aquello por lo cual en un solo y mismo movimiento hay lengua (o seres calificables de hablantes, lo que es lo mismo) y existe el inconsciente.

Sea, por tanto, *lalangue*; el lenguaje designa lo que el saber elucubra, concirniéndola, y, principalmente, contactando su existencia. De manera que el concepto de lenguaje consiste enteramente en la cuestión: "¿por qué hay *lalangue* más bien que nada?" En otros términos: el lenguaje no es otra cosa que *lalangue* en tanto que tomada en la disyuntiva de su existencia o de su inexistencia; un saber que pasa por la ausencia fantasmática de su objeto. Es por eso, además, que el lenguaje siempre tiene que ver con hipótesis acerca del origen, siendo estas últimas la imagen móvil de la disyuntiva inmóvil, la forma narrativa en la que se articulan sucesivamente la ausencia y la presencia.

La lengua es otra cosa. A diferencia del lenguaje, no conduce a la existencia como tal sino a la modalidad de la existencia. La cuestión que ese término resume es: "¿por qué la lengua es como es y no de otra manera?", lo que inevitablemente supone esta otra: "¿cómo es una lengua?", y una respuesta consistente en un "es así", que simplemente ignora el problema sobre qué podría fundar su existencia y nada imagina de una inexistencia posible. Por otra parte es por eso, por recíproca, que aquellos que se ocupan de la lengua

dejan de lado todas las preguntas acerca del origen.

Para comprender el "es así" se encuentra abierto un camino aparentemente simple. Sea una vez más *lalangue*; el hecho de lengua consiste en que en el lenguaje existe el imposible: imposible de decir, imposible de no decir de determinada manera. Se reconoce aquí fácilmente la partición de lo correcto y de lo incorrecto que se halla en el corazón de las gramáticas y de las descripciones lingüísticas.⁴ Desde luego, la lengua en sí misma no es otra cosa sino esa partición tomada en general, una lengua es una forma particular: un dialecto de una lengua es una reorganización específica de una partición particular.

Pero esa simplicidad es engañosa, pues la verdadera naturaleza de la partición está cubierta de acuñaciones imaginarias. De éstas, la más conocida y peligrosa consiste en la utilización del lenguaje de la dominación — se trate de contrato, de capricho o de consenso tácito —, que revela a un soberano. Se sabe, por lo demás, que desde siempre los dictadores, de César a Stalin, se han preocupado por la lengua, al reconocer en ésta la más fiel imagen del poder desnudo, el que no está en condiciones de decir su nombre. A la inversa, parece que la causa de la libertad estaría interesada en que se denuncie el artificio de las gramáticas y la vanidad de sus reglas, hasta sostener que la lengua no conoce lo imposible.⁵

⁴ Más exactamente, hay un borde real que representa la división de lo correcto y de lo incorrecto. Es la relación misma que, según Lacan, mantiene en la incompletud de la relación sexual, la división en mitades sexuales donde los "yo" se aprehenden. Para otra interpretación y una discusión de la homología entre las dos formas de borde. Cf. Judith Milner, "Lalangue et langue - ou: de quoi rient les locuteurs?" *Change* 29, pp. 185-198 e *ibidem* 31, pp. 131-162.

⁵ Cf. entre otros mil, Deleuze y Guattari, *Kafka*. Edición en español, *Kafka, para una literatura menor*, México, Era, 1979.

Abandonemos por un instante la evidencia del lenguaje de la dominación y atengámonos aquí a un mínimo: hablar de lengua y de partición es plantear que no todo se puede decir. En otros términos, el puro concepto de lengua es el de un *no-todo* marcando *la-langue*; o la lengua es lo que soporta a *la-langue* en tanto que la misma es *no-toda*.

Retomemos lo que Lacan, en *Télévision*, ha hecho funcionar como punto inicial de su discurso: la verdad no se dice toda, y eso porque faltan las palabras. La proposición que de ahí destaca, por equivalencia, es que la verdad, en tanto que *no-todo*, hace a lo real.

Pero la lectura no se puede detener aquí. De aquello de que la verdad no se dice toda, se puede llegar también a la conclusión de que la verdad no es sino eso a lo que las palabras faltan. Pero, las palabras faltan siempre, y el *no-todo* que marca la verdad en tanto que la misma debe ser dicha, marca también *la-langue*, en tanto que todo decir verdadero pasa por ella. De lo que resulta que, como la verdad misma, *la-langue* hace a lo real.

Desde luego, la tesis de que la lengua soporta a *la-langue* en tanto que *no-toda* se deja traducir directamente en: *la lengua soporta lo real de la-langue*.

En cuanto a que la lengua esté ligada a la operación del *no-todo*, no implica mayor dificultad, a pesar de la apariencia, para encontrar sus rastros al hilo de las tradiciones. Después de todo, el mito de Babel no dice otra cosa, puesto que liga la posibilidad de la lengua a la de una división indefinida y no sumable.⁶ De la misma manera, Saussure construye el mito de los dos continuos (dos reflujos) que se conjugan, y que como consecuencia de ese mismo encuentro se hallan divididos,

⁶ "Las lenguas imperfectas en aquello que múltiples, falta la suprema..." (Mallarmé, *Crise de Vers*).

al exceder cada uno al otro y destinarlo a la carencia. Se sabe, finalmente, que la tradición ha legado a las gramáticas la serie de las partes del discurso; no es difícil hacer que aparezca aquí lo romántico, pero las hipercríticas no han dado cuenta de ello sino en forma ocasional. Lo importante residía no tanto en la lista exacta de esas partes, sino en el hecho de que siempre y necesariamente las mismas debían estar supuestas. Se puede discutir si lo que hay que distinguir es entre nombre y verbo, pero a nadie se le escapa la necesidad de distinguir. Dicho de otra manera, como ya lo escribía Platón (*Sofista*, 262 a), la lengua, aun cuando se la imagine como totalidad enumerable, esta también necesariamente marcada de lo heterogéneo y lo no superponible.

Que la lengua sea del orden de lo real, en cambio, es continuamente desconocido. Por ejemplo: se traduce la lengua en términos de realidad, ubicándola dentro de la red de lo útil a título de instrumento (de comunicación), o de la red de las "prácticas", sociales u otras. Más ejemplos: se mide el real de la lengua en el marco clínico de la neurosis, para describir los dialectos del histérico, del obsesivo, etc., haciendo pasar al mismo tiempo por lo real los fantasmas contruidos con los remiendos de esos fragmentos.

Sin embargo, son éstas, en efecto, tesis referentes al estatuto de ese real, las que se hallan en juego dentro de los diversos discursos sostenidos acerca de la lengua. La más importante partición puede ser resumida así: *lo real es concebido como representable o no*.

En verdad, esta partición no tiene nada de específico; articula en su forma más general el encuentro mismo de lo real por el ente hablante. Supongamos, en efecto, que existe lo real — cosa que, por otra parte, ninguna *lógica* podría imponer —: todo lo que el sujeto, si lo encuentra, *le demanda*, es que de alguna manera una

representación sea posible. Sólo a ese precio, por medio del cual lo imaginario lo rescata, podrá el sujeto soportar aquello, que en sí, le escapa. Esto con dos condiciones: que para el sujeto haya algo repetible, y que ese repetible forme una red. Por la primera condición se funda toda la escritura; por la segunda, toda escritura adquiere la consistencia de lo representable.

La representaciones no faltan, sin duda, pero para los modernos las únicas que valen deben presentarse dentro del orden de la ciencia. Dicho de otra manera, las representaciones deben formularse como *teorías*, donde los jirones de escritura, al inscribir algunos fragmentos de real, se hilvanan en una figura que vale como un cierto todo y para todos. La dificultad está en que, en ella misma, la ciencia moderna no propone ninguna representación, no impone ninguna teoría; se limita a proponer escrituras. ¿Quién garantizará que, por añadidura, las teorías del universo, que el universo mismo, entendido como una red, sean algo más que fantasmas?

Pero, en lo que se refiere a la lengua, somos más confiados, asegurados mediante un procedimiento en dos etapas, donde la gramática, al anunciar al mismo tiempo lo repetible y la red, garantiza de antemano su correspondiente científico. Sostener que el real de la lengua es representable es, en efecto, el paso inicial de toda gramática. Éste consiste en reconocer lo imposible de la lengua en lo que tiene de repetible,⁷ y además constituirlo en red. Eso es lo que se denomina lo *regular*. Desde luego, lo real puede ser objeto de reglas y de tablas que diseñan sus lineamientos. Entonces la lingüística agrega sólo esto: la representación entra en la órbita de la ciencia.

⁷ Por eso el gramático razona sobre ejemplos que, por definición, implican lo repetible.

La ciencia de la cual se trata es la ciencia moderna, aquella que, siguiendo a Galileo, sustituye el objeto por letras y símbolos sobre los cuales razona. Hasta hace muy poco tiempo no se ha dudado de que eso sea posible para una lengua cualquiera. A decir verdad, como lo había visto Saussure desde su *Mémoire* de 1878, lo decisivo aquí es la gramática comparada,⁸ y no, como podría creerse, las gramáticas racionales. Estas últimas, en efecto, podían proclamarse científicas, no sólo la de Aristóteles, sino también la de Descartes y la de Newton (léase sobre este punto el prefacio de la *Grammaire générale et raisonnée* de Beauzée), pero aquéllas jamás cumplieron el mínimo exigible: la construcción de una escritura. Consideremos, por lo contrario, la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas. Lo importante no es que la misma determine sucesiones históricas — se notará, por otra parte, que esta gramática no data nunca sus formas y se limita a establecer relaciones de orden —, sino que pueda *notar* formas, por definición no observables, con función de matrices para un conjunto de formas observadas: la raíz indoeuropea, combinada con las leyes fonéticas, enuncia en *n* signos (en principio tres) una multiplicidad de lexemas posibles, y cada uno de los signos que los deletrean simboliza una serie abierta de correspondencias fonéticas. En suma, la gramática comparada consiste en la escritura regulada de un real estructurante. Que ese real deba también ser considerado un anterior es aquí secundario.

Agrego que la idea de "parentesco" entre las lenguas supone que éstas posean propiedades indiferentes a lo que comuniquen y designen, pues, finalmente,

⁸ Las fuentes manuscritas del *Curso* son muy claras sobre este punto. Cf. la edición crítica de Engler, B 18-25, y la de Tulio de Mauro, pp. 411-412.

¿quién creará que palabras griegas, sánscritas, latinas, germánicas, etc., tengan, así fueran estructuralmente idénticas, el mismo valor referencial? Se comprende así que el *Curso*, que sólo es, correctamente tomado, la exposición de las condiciones conceptuales que hacen posible la gramática comparada, descarte la referencia, aisle lo formal y abra la posibilidad de una notación simbólica.

Cumplido eso, resultaba en cierto modo natural referir las notaciones a la ciencia universal de los símbolos posibles o, en otras palabras, a la lógica. Eso es, en lo esencial, lo que ha hecho Chomsky, al remplazar la escritura *bricolée* del estructuralismo por un formalismo totalmente integrable en la teoría de los sistemas.

Pero el real de la lengua tiene por propio el hecho de que no se reconoce de manera unívoca, y la regularidad debe ser considerada aquí más bien como la máscara que como el signo. La oscilación es antigua: fundamenta la querrela de los anomalistas y los analogistas, que dividía a los antiguos gramáticos.⁹ Para los segundos, el efecto de lengua residía precisamente en la proporcionalidad, o analogía, que permite las reglas generales. Todo lo que no se integra en esas reglas es pensado como excepción, vale decir, como parásito, fantasma dentro de la lengua de lo que no es la lengua (pero con la herencia, por ejemplo, de lo que es arcaísmo, o intención retórica, o la figura). Para los primeros, en cambio, las reglas generales son un artificio, una racionalización de los gramáticos profesionales. La lengua se reconoce, al contrario, en lo que comporta de obligaciones no respetables, por entero singulares, en una palabra, *anómalas*. Lo que era visto

⁹ Cómmodamente resumida por R. H. Robins, *Brève Histoire de la linguistique*, París, Seuil, 1976, pp. 25-26.

como excepción, negativamente, es ahora la positividad del real. Desde luego, ese real es esencialmente no representable: ni tablas, ni reglas generales, ni, evidentemente, ninguna escritura simbólica, sino sólo la simple aserción de un imposible: "dichos pero no dichos".

Si lo real no es representable, la lengua como tal no es, en el sentido de Lacan, matematizable en términos de representación. No podría haber aquí, por vías de ninguna teoría, transmisión de un matema referido a ese real. Si hubiera transmisión, ésta consistiría propiamente en una iniciación, pasando por vías diversamente designadas —pertenencia étnica o social, o la "honestidad" de Vaugelas—, pero escapando siempre a la razón; figura del sujeto, ésta, supuesta para el matema. Los sostenedores del representable, al contrario, están, por lo consiguiente, destinados a enunciar un transmisible, y de ahí la relación intrínseca que ellos mantienen con la escuela. Se comprende entonces que la tradición gramatical, sobre todo en Francia, se divida en dos ramas bien diferenciadas: una expuesta en forma de tratados completos y ordenados, llamados gramáticas o sintaxis, destinados a la enseñanza; la otra, presentada en cortos sueltos en los diarios o en libros aforísticos, es iniciática. Que los iniciados no sean otra cosa que el risible conjunto de la gente común, no cambia para nada la estructura. La oposición es, desde ya, la de Port-Royal y Vaugelas o Bouhours, y aún subsiste (aunque hay puntos de conexión, siendo Grevisse el más característico entre éstos). Si se conviene en llamar gramáticos a los sostenedores del representable, a los de lo irrepresentable se los podría muy bien considerar lo que se designa como *puristas*.

Se reconoce fácilmente qué es lo que está en juego en el purismo y es nada menos que esto: al ser entendida como un real irrepresentable, la lengua puede fun-

cionar como *agalma*, tesoro, objeto (a). La "pureza" deviene causa de un deseo, y el purista es el sujeto al que ella hace signo en la lengua. Se trata, entonces, de un verdadero amor, el amor mismo de la lengua, evidente fuente de ridículo desde el momento en que se pone de manifiesto. Por eso el purista, como el avaro, es tema de comedia, es el que arranca del ciclo de lo útil un tesoro que jamás vale nada.

A diferencia de Harpagón, pues, el purista le falta desde siempre el cofre de su tesoro. Nada le garantiza que posee la pureza de la lengua, la causa de su deseo; nada, salvo quizás un reino de los muertos, conjunto inerte de citas mediante el cual convoca a los autores a decir lo puro. Mientras que nada obliga a un gramático a aplicar él mismo la gramática que promulga, el purista debe estar en la más mínima de sus frases. Iniciado en un misterio, el purista es su representante en la Tierra y su primer discípulo; cada vez que habla, por tanto, el desastre lo acecha, pero lo elude, ha franqueado victoriosamente el Aqueronte, trayendo, Orfeo moderno, una flor que la luz marcha inmediatamente: lo puro como tal.

Ésa es la primera figura del amor por la lengua. No la encontramos más, pues es precisamente a desembarrarse de esta figura a lo que dedican todo su tiempo la lingüística y la gramática. Debe, sin embargo, ser conservada en la memoria, porque es posible que revele un poder en el que la lengua fundamenta su esencia.

Nota anexa

A diferencia de la lengua, el lenguaje resume un problema de la forma: "¿por qué hay X más bien que nada?". Ese tipo de pregunta, como se sabe, es, por definición, filosófica, puesto que se refiere a la diferencia entre una existencia y lo que la funda. El lenguaje, por tanto, pertenece por su estructura a la esfera de la filosofía, y se habla correctamente de "filosofía del lenguaje" y no de "filosofía de la lengua". De la misma manera, la lengua, al no depender

de la doble cuestión de una inexistencia que pasa a la existencia, no da lugar a los relatos de origen, y sólo se habla correctamente del "origen del lenguaje", no así del "origen de la lengua".

Así se construye fácilmente un retículo de oposiciones que permite interpretar los textos con referencia a la lengua o al lenguaje y, en especial, ordenarlos de un lado o del otro. A veces la interpretación resulta menos fácil de lo que se cree. Por ejemplo, el célebre texto de Horacio, *Art poétique*, páginas 70-72:

*Multa renascentur quae jam cecidere, cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi*

"Muchos vocablos que hoy están muertos renacerán, y muchos que están ahora en función, morirán, cuando el uso lo quiera, donde reside el arbitrio, la ley y la regla.

Traduzco *usus* como uso, como se hace siempre, puesto que este texto es citado siempre como uno de los primeros en los que se ha manifestado la doctrina de la soberanía del uso sobre las lenguas. Se notará, de paso, que los tres términos que designan la autoridad no están distribuidos al azar: *arbitrium* parece designar un poder efectivo, operante sobre los hechos, *jus* es la ley escrita, *norma* la regla corriente, sin otro título que el hábito. Se trata, entonces, de las tres formas de la autoridad en la tradición latina, las que en su conjunto agotan los atributos del amo. En esta interpretación tradicional, el texto de Horacio expresa una proposición acerca de la lengua, puesto que en el mismo no se plantea ninguna cuestión sobre un origen y, de hecho, parece inscribirse en la figura que hemos relevado: imaginar la partición que organiza la lengua en términos de dominación, al estar aquí lo correcto concebido como *honos*, "puesto oficial", y la lengua como conjunto de formas *in honore*, es decir "en su puesto".

Pero M. Grimal, en su estudio sobre el *Art poétique* (Paris, SEDES, 1968, pp. 92-97), adopta una posición diferente. Sus argumentos son los siguientes: 1) *usus* en el sentido que se le da aquí es muy raro, al menos sin ejemplos; 2) Horacio lo emplea en otros lugares en relación con los hechos lingüísticos y no le asigna ese sentido: en ese fragmento, Sat. I, 3, v. 102, *usus* designa la necesidad que está en el origen de las técnicas, y también de las palabras. De ahí, la posición conduce a esto: las palabras nacen y desaparecen en la medida de la necesidad, y el mismo principio que rige el origen del lenguaje gobierna su subsistencia. Pero entonces el término *usus* contiene en sí mismo implícitamente una tesis sobre el origen, y el conjunto del texto del *Art poétique* no se refiere a la lengua, como generalmente se cree, sino al lenguaje.

Lalangue es *no-toda*; de ello resulta que alguna cosa no cesa de inscribirse aquí, y en todas las formas discursivas que se relacionan con *lalangue*, esa alguna cosa ejerce una acción. Para la lingüística la cosa es simple: se trata de ignorar totalmente el punto de cesación, y esta ignorancia la estructura.

Antes de precisar lo que está en litigio, quisiera aclararlo por adelantado al considerar un caso por completo opuesto: una posición que se define por no ignorar el punto de cesación, de volver a éste incansablemente, de no admitir nunca el tenerlo por nada, en una palabra, la poesía. Sea la falta que marca *lalangue*: si se le confiere un ser, resulta concebible que se proponga la obligación de decir ese ser, de hacer que éste cese de no inscribirse. Paso constitutivo, del que hay testimonios: que se lea aquí a Ives Bonnefoy, para enterarse en qué sentido el acto de poesía consiste en transcribir en *lalangue* misma y por sus propios recursos un punto de cesación de lo que falta a su escritura. Es en eso que la poesía hace a la verdad, puesto que la verdad es, estructuralmente, aquello de lo que la lengua carece, y tiene que ver con la ética, puesto que, una vez discernido, el punto de cesación ordena que sea dicho.

Por lo demás, todo el mundo siempre lo ha sabido y es fácil reconocer en la tradición crítica diversos nombres del punto de cesación, al que también se le podría decir punto de poesía. Para el uno, ese punto es la muerte, para el otro lo obscuro, para aquél el sentido más puro, el que se alcanza al arrancar las palabras del círculo de la referencia habitual, lo que se designa como hermetismo. Para ese fin, Mallarmé¹⁰ o Saussure, el punto donde cesa la falta, lo uno, más que colmarla, reside en la fonía misma, a la que se trata entonces de despojar de lo que tiene de útil para la comunicación, es decir, de lo instintivo: no más el *plus* de pureza del sentido, sino la multiplicada faceta de la homofonía.

Lo asombroso es que el fracaso no sea total y que un poeta se reconozca en que logre efectivamente, sino colmar la falta, al menos afectarla. En *lalangue*, que el poeta trabaja, ocurre que un sujeto imprima una marca y abra una vía en la que se escribe un imposible de escribir.

Eso es muy exactamente lo que la lingüística, así como la gramática, deben ignorar. Por eso la primera debe hacer de la lengua un objeto de ciencia: una forma, y no una materia. Eso es lo que resulta de su propio ser y de lo que supone como tratamiento del *no-todo*.

Puesto que la lengua, como lo hemos dicho, soporta el *no-todo* de *lalangue*, y para que el mismo se haga objeto de ciencia, es necesario que sea tomado como completud: la lengua es la red por la cual *lalangue* falta, pero en sí misma la red no debe comportar ninguna falta. Por eso es que la lingüística es "sutil", según el término de Lacan: como la conciencia de Kant con la universalidad de la ley, la lingüística ergotiza con el todo y el *no-todo*.

¹⁰ "[El verso] remunera el defecto de las lenguas", *Crise de Vers*.

Para lograr eso, la lingüística debe en propiedad ignorar la falta y sostener: 1] que de *lalangue* nada tiene que saber, y 2] que la red de imposible que la marca es consistente y completa. Lo que eso implica exactamente, lo precisará una comparación con la gramática.

La gramática representa la lengua, pero no mediante una escritura simbólica, sino que, más bien, construye una imagen. La exigencia de completud toma entonces una coloración imaginaria y se traspone en términos de totalidad: totalidad cualitativa, es decir perfección. Por eso es que toda gramática es, al mismo tiempo, un elogio de la lengua descrita y totalidad cualitativa, por lo que no se concibe a la gramática sino como completa. La idea de fragmento gramatical es una contradicción en los términos; la imagen de una totalidad no puede ser sino total. En cuanto a la lengua, ésta adquiere la consistencia propia de lo imaginario, y su totalidad es la de un fantasma.

Es por eso que la lengua de los gramáticos se desplaza tan fácilmente hacia la ostentación, el real que la constituye se convierte en una realidad social, en una insignia de prestigio. Se reconoce aquí a la gramática normativa, donde el imposible del *no-todo*, al censurar al sujeto, es tomado como obligación para un yo.

La representación lingüística pertenece específicamente al orden de la ciencia. La exigencia de completud funciona aquí, por tanto, de manera diferente: no se mensura sobre una realidad externa, sino sobre criterios internos. A partir de eso es concebible la existencia de fragmentos de lingüística y, a decir verdad, es lo único concebible. No existe lingüística completa en el sentido de que hay gramáticas completas, pero hay escrituras completas, a las que se les atribuye la representación del conjunto de los datos que motivan su simbolismo y sus propiedades formales, y no el conjunto de lo que

pertenece a la lengua. En cuanto a la consistencia, es la que se requiere de las escrituras: que las secuencias permitidas no sean allí contradictorias.

Al ser ajena a la ciencia, la gramática no tiene que ser homogénea ni no contradictoria. De ahí que la completud que la gramática persigue puede ser lograda mediante no importa cuál arreglo. De la misma manera, el *no-todo* que marca los límites de su campo no le ofrece casi dificultades; basta suplir la falta con cualquier remiendo. Por tanto, el sentimiento de la lengua, donde de manera implícita o no, se apoyan característicamente todos los gramáticos dignos de ese nombre, les asegura que, cualquiera fuere su propia insuficiencia, la completud de la lengua está presente en cada uno de los sujetos que la hablan.

En cambio, el tipo de escritura que se propone la lingüística no puede ser realizado si el *no-todo* conserva el menor título de existencia. Sólo queda, por tanto, el no saber nada de eso, el ignorar todo lo que venga de *lalangue*. Se comprende, entonces, que la lingüística, diferentemente de la tradición gramatical, haya tenido dificultades con la lengua materna. Se sabe que el esfuerzo de los lingüistas estructuralistas consiste en obligar al lingüista a tratar a toda lengua como si nadie la hablara, y si se trata de la propia lengua, tratarla como si fuera un idioma extranjero. Ésa era, sin duda, la vía más segura para impedir cualquier molesto retorno de aquello que podría descompletar el objeto a representar. La vuelta que da la gramática transformacional es todavía más sutil. Aquí por lo contrario, sólo se está en condiciones de describir la propia lengua, el recurso empírico más seguro cuando se trata de reconstruir la red de lo real, pues es la intuición directa. Así, se sitúa en cada sujeto un *dictamen*, voz de lo imposible, tan terminado como un mandato ético.

Se le supone al real de la lengua un cierto saber, llamado "competencia" y a ese saber un cierto sujeto, llamado "sujeto hablante". El lingüista es simplemente aquel que escribe la competencia, pero si se trata de la ciencia propia, se ve que la posición no es simple: el sujeto hablante, punto sin dimensión, ni deseo, ni inconsciente, está cortado exactamente a la medida del sujeto de enunciación y está hecho para enmascarar a aquél, o, más exactamente, para suturarlo. Que el lingüista funcione como tal, y que cada enunciado que profiera como sujeto pueda, al mismo tiempo, ser la ocasión de un análisis, y recíprocamente, entonces la lengua materna estará sin cesar despojada de su predicado, pero, en cambio, *lalangue* estará en condición de infectar la lengua.

La relación del lingüista con su propia lengua se halla siempre estructuralmente desdoblada. Se mantiene en un punto donde el *no-todo* debe ser proyectado en todo. Está, por tanto, siempre en acto de imaginar un significante que colmaría la falta de la lengua y la haría un todo, digamos; una palabra.¹¹ La disciplina, entonces, parece ordenarse enteramente en torno de aquélla, y mediante ella desafiar todos los nudos existentes en *lalangue*. Eso la destina a ocupar una posición de dominación general sobre todos los discursos, dentro de los cuales se halla en condiciones de evacuar toda falta. En cuanto al sujeto que es el primero en proferir la palabra clave, está por eso en posición de amo, y su propia persona basta para atestiguar a quienes lo escuchan que la falta se colma.¹²

¹¹ La historia de la lingüística se reduce a una serie de esas palabras clave: absolutismo de las leyes fonéticas, arbitrariedad del signo, estructura, transformación, son los ejemplos más conocidos. Paralelamente se puede describir una serie de clanes, nucleados en torno del sujeto que profiera la palabra clave.

¹² Por eso, atestigua también, en tanto que sujeto, que el saber in-

Llegamos aquí a lo que religa a la lingüística, considerada como ciencia, con la cábala, en dos sentidos de ese término. No ha existido en la historia de la disciplina ninguna época en la que no se hayan constituido grupos en torno de un sujeto supuesto detentador de la palabra decisiva. Se han podido ver y reconocer aquí las figuras clásicas de los discípulos fieles y los infieles, los libros de misterios secretos, exoterismo y esoterismo y, finalmente, persecuciones. Puesto que se sobrentiende que entre los diversos clanes, diferenciados por lo que cada uno enarbola como función de la palabra clave, se produce una lucha sin cuartel.

En ese sentido, la lingüística impulsa a la realización del tipo de profesiones a las que Valery llamaba "diferentes". Y esto no sin motivos, pues la clave del delirio, que Valery describe pero no explica, reside en el hecho de que los practicantes de esas profesiones se apoyan en una realidad que sólo por ellos es reconocida. Así, la lengua es un real, lo hemos dicho, pero es tiempo ya de agregar que se trata de una realidad cuya naturaleza es muy singular, puesto que en la misma lo imposible no cesa de ser desconocido. Para establecerlo ha sido necesaria una deducción.¹³

tegral de la lengua es posible. Dicho de otro modo, es un sujeto que se supone que sabe. Pero, nosotros no estamos aquí en el discurso analítico, donde el análisis sostiene su posición con una abyección o con un silencio. La dificultad del poseedor de la palabra clave está en que él habla, y lo que es más, habla dentro del espacio de la ciencia donde nuestras opiniones son medibles. Está, por tanto, necesariamente destinado a manifestar lo que hay de imposible de subjetivar en la posición del sujeto que se supone saber, al proferir por lo menos una proposición que lo devalúe y lo haga supuesto sujeto de ignorancia. El maestro, en lingüística como en cualquier otra ciencia, es entonces de inmediato también aquel que denuncia una tontería y cada uno de los que se consideran sus discípulos puede repetirla a voluntad.

¹³ Es en ese sentido, quizá, que Saussure decía que las unidades de la lengua no se ofrecen a la observación inmediata.

En realidad, es ya lingüístico o gramático el consenso que un imposible circunscriba la lengua. Nada hay que asegure la existencia de ese círculo constitutivo de las disciplinas y garantice a los profesionales la realidad de aquello que los califica.

Sin duda, análogas precisiones podrían formularse aparentemente con relación a todas las ciencias llamadas humanas. La diferencia está en que aquellas se ocupan típicamente de realidades cuyas restricciones son lo contrario, propiamente *parodia*, de lo imposible. La lingüística, en cambio, aborda un real, y no hay metáfora ni arreglo que pueda pretender formalizar. Desde luego, el círculo que se puede trazar más allá tiene que ver más con la tradición hermenéutica. Como el intérprete del texto sagrado, el etnólogo, el economista, el psicólogo, el sociólogo, están sometidos a las condiciones de la realidad que describen y comentan: de ahí la trivial relación de incertidumbre que une al observador y al objeto de la observación. Pero el círculo de la lingüística es otra cosa; no se sostiene en las condiciones de la observación, sino en las propiedades del real de la lengua, y en el carácter "olvidable" de sus efectos.

Lo que es más, cualquiera que sea para la lingüística la necesidad de ignorar lo que es exorbitante a su propia escritura, no es seguro que disponga el poder de hacerlo. Sabemos que para la lingüística lo exorbitante se concentra en un punto, el que ella sutura: el sujeto de la enunciación. Supongamos ahora que en la red del real aparezcan segmentos que no se podrían escribir sin que interviniera precisamente el sujeto. En este caso, la escritura lingüística se encontraría dividida entre dos imperativos absolutos y contradictorios: el de la completud, según el cual es necesario que tales segmentos reciban una representación; y el de la consistencia, según el cual toda representación debe obe-

decer a las mismas leyes de la escritura.

Luego, tales segmentos existen: algunos de ellos son conocidos desde hace mucho tiempo. Damourette y Pichon ya habían notado el *no* "expletivo", y ciertos imperfectos. Se podrían agregar muchos otros: las exclamaciones, los discursos indirectos, etc. En todos esos casos, es posible relevar los datos de imposibilidad cuya explicación exige que se recurra no ya al sujeto hablante, simetrizable y sin deseo, sino a un sujeto de enunciación, capaz de deseo y no simetrizable. Cosa ésa que, sin duda, el lingüista puede pasar mediante algunos subterfugios, sobre los que volveremos, pero que no podrían borrar la subversión que la lingüística padece.

Desde ya, las redes del real, a las que la lingüística está ligada, demuestran que trazan caminos que no llevan a ninguna parte. Uno se pierde dentro del bosque de *lalangue*. Hay algunas vías, o se atiene uno a la ética de la ciencia, y entonces nada se quiere saber a partir del punto donde el camino se pierde: éste es el punto de vista de la gramática transformacional; o, por lo contrario, se atiene a la ética de la verdad. Entonces es necesario, en tanto que lingüista, y dentro de la misma escritura a la que se atiene, articular el punto, no como indistinguible, sino como localizable por el sesgo de la contumacia que impone frente a todos los reparos.

IV. Lingüística una e indivisible

Hemos dicho *la* lingüística, lo que supone, por tanto, la unicidad de un referente. Sin embargo, sería fácil mostrar que reclaman ese título, no sin derecho, teorías muy diferentes, que divergen sobre lo que se debe entender por teoría, por ciencia, por demostración, etc. Si se pretende que el término *lingüística* sea otra cosa que una rúbrica administrativa es necesario descubrir si existe un núcleo común a todas sus versiones existentes, núcleo que devendría, desde luego, el referente del término en cuestión.

Si se tiene en cuenta el desenvolvimiento de la disciplina, la tarea puede tomar una forma simple y limitarse a resolver la cuestión siguiente: ¿cuáles son las tesis comunes a las gramáticas estructuralistas y a las gramáticas transformacionales?

Es un hecho que la lingüística ha estado dominada de modo prevalente por una referencia al estructuralismo, y es igualmente un hecho que esa dominación pertenece ahora al pasado. Por estructuralismo es conveniente entender aquí una cosa precisa: no la visión del mundo un tanto insípida o la epistemología general más bien simple que se designa con ese nombre, sino un conjunto de proposiciones no tri-

viales que hacen el real de la lengua y a la forma de su representación. Se las puede resumir así:

- la lingüística será científica si y sólo si designa a la lengua como un sistema de signos;
- todas las operaciones necesarias a la ciencia deben ser deducidas de ese principio, y únicamente las operaciones deducidas de ese principio son admitidas en la ciencia.

Ninguna de las anteriores proposiciones es evidente en ninguna de sus partes. En particular, la gramática transformacional las niega, otorgándole a la lengua propiedades muy distintas, irreductibles a cualquier especie de sistema de signos.

Sin embargo, durante mucho tiempo el concepto de lingüística ha parecido ser coextensivo a su versión estructuralista; y aún hoy uno se imagina de buena gana que a pesar de las extensiones y las modificaciones, la idea de signo le es necesaria.¹⁴

Esta unión consustancial de la lingüística y el signo se autoriza por un garante único, y en lo esencial indiscutido: el *Curso* de Saussure. En esta medida, el estructuralismo, como se lo entiende aquí, resulta afirmar esto: toda lingüística es por definición saussuriana. Al mismo tiempo, la cuestión que planteamos al principio puede ser traspuesta en ésta: ¿qué queda hoy en día de Saussure?

La posición de Saussure será delineada aquí por la combinación de tres parámetros. El primero es que el ideal de la ciencia, que en el *Curso* se enuncia en el lenguaje de los fundadores: se trata de fundar la lingüística como ciencia.

¹⁴ Cf., por ejemplo, J. L. Nancy y P. Lacoue-Labarthe, *Le Titre de la lettre*, p. 41: "[...] es imposible: una lingüística sin teoría del signo".

Esta intención, confesada, no lo ha sido sin arrastrar con ella algunos malentendidos, y sobre todo entre los modernos, un acercamiento indebido a Freud. Sin embargo, las cosas debían ser claras: Freud es un iniciador. Cuando funda, hace llegar a la existencia una configuración inédita antes de él. En el caso de Saussure no es lo mismo. Para Saussure la lingüística ya existe —es la gramática comparada—; el problema consiste en que la misma ignora lo que la hace posible.

No se trata de un comienzo, sino de autorizar legítimamente; se reconoce aquí el estilo kantiano. Y las respuestas aportadas por Saussure son también de ese estilo. Él dirá que para que la lingüística como ciencia sea posible es necesario distinguir los fenómenos de las cosas en sí. De esta manera se obtienen cuplas, algunas de las cuales se hicieron célebres:

COSAS EN SÍ

el lenguaje
el sonido como flujo
sonoro
la idea o el sentido
la ligazón entre un sonido
y una cosa del mundo

FENÓMENOS

la lengua
el sonido como segmento
o fonema o significante
el significado
lo arbitrario del signo

No es sino hasta los *caveat* de la dialéctica trascendental que uno se rencuentra, y en los mismos términos, en Saussure: si la lingüística pretende ir a las cosas en sí, cae dentro de las antinomias; y, más que a las *Antinomies linguistiques* de Victor Henry, es a las de Kant que se deben referir las antinomias saussurianas.

La gramática comparada existe y que es cuestión de fundar es la gramática comparada; por lo demás, la única disciplina que Saussure haya practicado. Sólo que, al ex-

poner sus condiciones generales, Saussure ha descubierto que no era la única forma de lingüística científica posible. En otras palabras, los conceptos de *lengua*, de *signo*, de *diferencia*, etc., necesarios para dar cuenta de la reconstrucción indoeuropea, se encuentran disponiendo de un alcance más general y que permite otros abordajes. Esto es lo que dio lugar a la creencia de que Saussure instituía una ciencia inédita. Pero se ve fácilmente cuánto de eso es ilusorio. Es preciso decirlo con claridad: desde el punto de vista del concepto, nada hay en la lingüística sincrónica possaussuriana —esencialmente, la fonología de Troubetzkoy— que no estuviera ya en la gramática comparada.

En el lenguaje kantiano de los fundamentos se reconocerá sin dificultades la pura y simple afirmación del ideal de la ciencia. Al construir los principios según los cuales la lingüística se encontraría legitimada, Saussure entendía cumplir sólo esto: ordenar como ciencia toda proposición que él articule como lingüista. La ciencia es, por tanto, el punto ideal en el que se cruzan todas las proposiciones, instancia simbólica en la que el discurso se organiza.

Pero la ciencia misma debe hacerse representable, es decir, dar lugar a alguna teoría consistente. En el mismo proceso, el ideal de la ciencia, como instancia simbólica, se refracta en su correlato imaginario: una ciencia ideal que supuestamente encarna. Luego se define un segundo hito determinante de la posición de Saussure: admitido que éste trata de autorizar una ciencia, es necesario agregar que la refiere implícitamente a un paquete de rasgos distintivos que le permite reconocer en los mismos la figura ideal.

En otros términos, un modelo de ciencia particular; para hacerlo breve, digámosle euclideo.¹⁵ Según ese modelo, una ciencia es un discurso regido por dos

principios:

- el principio del mínimo: todos los conceptos de la ciencia deben ser deducidos del mínimo número de axiomas, expuestos en un número mínimo de conceptos primitivos;
- el principio de evidencia: todos los axiomas y conceptos primitivos deben ser evidentes, lo cual dispensa de su demostración y de su definición.

¹⁵ Es, evidentemente, Aristóteles el que ha constituido aquella teoría. Se la puede resumir en estos términos:

A. Una ciencia aristotélica es una serie de proposiciones referidas a los elementos de un solo y mismo campo, y que presentan las propiedades siguientes:

1] las proposiciones de esta serie se dividen en axiomas y en proposiciones derivadas (teoremas);

2] los conceptos aparecen en las proposiciones de la serie y se dividen en conceptos primitivos y conceptos derivados.

B. De los axiomas, se requiere que:

1] sean evidentes y, por ello, indemostrables;

2] sean suficientes, en el sentido de que fuera de ellos sólo las reglas de la lógica son necesarias para demostrar un teorema.

C. De los conceptos primitivos se requiere que:

1] sean inmediatamente inteligibles y por eso indefinibles;

2] sean suficientes, en el sentido de que fuera de ellos, sólo algunas operaciones de combinación sean necesarias para construir los conceptos derivados.

La fuente de esta presentación es Scholz, *Die Axiomatik der Arithmetik*, *Mathesis Universalis*, Basilea, Schwabe, 1969, pp.27-44.

Cf. también mis propios *Arguments linguistiques*. El modelo euclideo es prácticamente el único que ha reconocido la filosofía hasta fecha reciente. Nada extraño es, por tanto, que Saussure se haya inspirado en el mismo. El principio de evidencia es afirmado explícitamente por todos los autores. No ocurre lo mismo con el principio del mínimo, el que, sin embargo, resulta de la *práctica* de aquellos que comentan las ciencias.

En tercer lugar, Saussure selecciona un concepto privilegiado que le permitirá articular la relación del ideal de la ciencia con la ciencia ideal, la empresa de los fundadores con el modelo euclideo: el *signo*. Gracias a éste, se posee una regla segura para delimitar el imperio de los fenómenos: dentro del conjunto de las cosas en sí gravitantes en el movimiento del lenguaje, sólo son relevables por una observación posible las dimensiones asignables al signo. Esto es lo semiológico, para retomar el término de Saussure, que toma así su verdadero valor. Más aún, el signo permite construir la ciencia lingüística en absoluta conformidad con el modelo prevalente:

- a) hay *un* axioma, mínimo absoluto, y es evidente, "la lengua es un sistema de signos";
- b) hay *un* concepto primitivo, y el mismo es evidente: el concepto de signo.

De ese axioma, que no se demuestra con la ayuda de ese concepto que tampoco se define,¹⁶ serán dedu-

¹⁶ Todo lo que en Saussure pasa como una definición del signo (*Curso*) sólo concierne, de hecho, a la propiedad específica del signo lingüístico, a saber: aquello que lo distingue como *lingüístico*. Pero nada es dicho del concepto mismo de *signo*, cuyo contenido se resume a las notas más pobres: una pura y simple asociación y una pura y simple diferencia. Sería inadecuado, sin embargo, formularle por ello un cargo a Saussure; al contrario, está perfectamente justificado que un primitivo no esté en sí mismo definido.

Eso nada le quita a su eficacia. Se mostrará con facilidad que las operaciones de segmentación y de sustitución (usualmente combinadas en la conmutación) están analíticamente contenidas en el concepto saussuriano de signo. De hecho, tales operaciones se limitan a convertir en procedimientos las relaciones de asociación entre las fases y de diferencia entre los signos. Por lo demás, la correspondencia entre operaciones y relaciones definitorias del signo ha sido cuidadosamente explicitada por Benveniste, *Les nive-*

cidas todas las operaciones necesarias para la lingüística. Pero no es cierto que sólo las operaciones lingüísticas sean deducibles. Al sustituir *lengua* por otro término, se obtiene una infinidad de axiomas evidentes, todos ellos susceptibles de fundar una ciencia. Por eso es que, con mucha lógica, Saussure habla de semiología general, remplazando implícitamente el axioma inicial por un esquema del tipo: "X es un sistema de signos", donde X puede recibir como valor prácticamente cualquier campo bien definido de objetos.

Entre los no-saussurianos, cada uno de los tres hitos — ideal de la ciencia, ciencia ideal, signo — da lugar a tratamiento y modificación. El primero es, de hecho, mantenido, no quizá en su forma kantiana, sino en lo esencial, que es esto: todas las formas de lingüística, incluida la gramática transformacional, se ordenan conforme con el ideal de la ciencia y, para la construcción de su propio saber, determinan objetos de los cuales nada quieren saber. Operación ésta equivalente a la distinción entre los fenómenos y las cosas en sí.¹⁷ El principio, por lo demás, se nos aparecerá. Es el

aux de l'analyse linguistique, Problèmes de linguistique générale. Edición en español: *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI.

El lector percibirá con claridad en ese texto que la complejidad de las descripciones estructuralistas se hace derivar enteramente de una teoría regida por el principio del mínimo.

¹⁷ Ordinariamente, esos objetos son volcados en la cuenta de lo variable y lo accidental: lapsus, tics individuales, faltas de atención, etc., de manera que lo fenomenal es también lo regular, y las exclusiones parecen atadas a las necesidades mismas de la generalización. Pero eso no tiene nada que ver con el asunto: la oposición lengua/lenguaje, que proviene más bien de una relación entre fenómeno y cosa en sí, y la oposición lengua/habla, que proviene más bien de una relación entre lo regular y lo accidental, son de *facto* reducibles a una y la misma operación.

ardid del todo y del *no-todo* al cual la lingüística se encuentra ligado. El que se aprehenda la lengua como fenómeno de lenguaje o como una manera de tratar el *no-todo* de *lalangue*, con respecto a eso es indiferente. O, más bien, el segundo momento es la verdad del primero.

A diferencia del ideal de la ciencia, hoy en día, la marca de la ciencia ideal ha cambiado totalmente de figura. Particularmente para la gramática transformacional, el modelo no es por cierto del tipo euclideo; los axiomas y los principios de evidencia y de *minimum* son sustituidos por hipótesis, la no evidencia y el *maximum*. Una teoría, en este caso, posee mayor valor cuando más hipótesis falsificables contiene (por tanto, no evidentes). En efecto, la ciencia ideal se ha tornado popperiana.¹⁸

En la medida en que el concepto de signo articula recíprocamente las dos primeras demarcaciones de la ciencia, éste se encuentra necesariamente afectado en su funcionamiento por la desaparición del modelo euclideo. En tal sentido, el signo constituye un punto crítico del examen: permite mensurar lo que, en Saussure, está ligado a una concepción particular de la ciencia, así como lo que escapa a la misma. Por una especie de variación concomitante, se podría así aislar lo que es invariable y susceptible de representar el núcleo único de toda lingüística posible.

Examinemos, entonces, la teoría saussuriana del signo. Muchos otros lo han hecho, pero no parece que alguien se haya preguntado si efectivamente esa teoría existía. Después de todo, se lo ha hecho notar a menu-

¹⁸ Cf., evidentemente, Popper, cuya obra principal se halla actualmente traducida al francés bajo el título de *Logique de la découverte scientifique*; y cf., también el primer capítulo de *Aspects de la théorie syntaxique* y acesoriamente mis propios *Arguments linguistiques*.

do, Saussure no fue el primero que recurrió al término ni al concepto. Muy al contrario, se trata de un lugar común de la tradición filosófica, desde por lo menos los estoicos, el de referir al signo los hechos del lenguaje.¹⁹ Luego, si se examina atentamente esa tradición, debe ponerse en evidencia un rasgo crucial: la teoría del signo es siempre una teoría de la pluralidad de los tipos de signos; convencionales, naturales, accidentales, etc. Y esto es muy bien una teoría del signo, es decir, una teoría cuyo *objeto* es el signo. Dentro de tal teoría, el lenguaje, en tanto que se lo relaciona con un tipo particular de signo, queda inserto en una clasificación más amplia, de la cual ilustra una de sus zonas.

En Saussure, al contrario, no hay sino un solo tipo de signo. En ese sentido, el signo no es el objeto de una teoría, sino el *medio* para exponer una teoría cuyo objeto es completamente otro. Se encuentra, efectivamente, que las propiedades asignadas por Saussure al signo recubren bastante exactamente aquellas que la tradición atribuye a uno de los tipos que la misma dis-

¹⁹ Parece, en efecto, que en Aristóteles el concepto de signo implica solamente un tipo de inferencia; el que conduce de un dato sensible a un elemento ajeno a los sentidos. Es igualmente así como el signo funciona para los estoicos y los epicúreos. Sin duda, ocurre que el lenguaje sea nombrado como un signo de inferencia por el signo, pero no se trata entonces, de ninguna manera, de proponer una doctrina del lenguaje. Al contrario, el signo es explicado mediante la ilustración supuestamente fácil constituida por la palabra.

Según R. A. Markus ("Saint Augustine on Signs", *Augustine*, Doubleday Anchor Books, 1972, pp. 61-91) San Agustín habría sido el primero en revertir la relación y poner el signo al servicio de una teoría del lenguaje. De él y no de los griegos derivarían, entonces, todas las teorías subsecuentes. (Pero cf., en sentido opuesto, B. Darrel Jackson, "The Theory of Signs in Saint Augustine's *De doctrina christiana*", *ibid.*, pp. 92-147).

Se consultará provechosamente a Todorov, *Théories du symbole*, pp. 34-58.

tingue. De manera que no es difícil hallar ecos del *Curso* en San Agustín o en Condillac, pero, es necesario decirlo claramente, ese género de encuentros carecen de interés. Entre las configuraciones donde los signos se alinean en tipos variados, donde se sutaliza acerca de las diversas relaciones que unen sus dos fases, y aquella en la que se plantea rudamente el Único y sus propiedades invariables, no puede haber comunidad alguna. De otro modo, considerando un viejo razonamiento estructuralista, entre un elemento x , tomado dentro de una red donde se opone a y y a z , y la "misma" x sin oponerse a nada, no hay identidad.

El objeto de la teoría saussuriana es *lo lingüístico*, y el concepto de signo es su expresión, tomada efectivamente de una tradición. No es evidente que esa expresión sea necesaria, no es tampoco evidente, aun cuando esa expresión sea adecuada, que las propiedades del signo que lo hacen presentarse para traducir el objeto apuntado hagan algo más que tropezar por ventura con lo que está puesto en cuestión. Ése es seguramente el itinerario de Saussure, pero, sin duda, él mismo lo ignoraba. La tradición filosófica le ofrecía un concepto, y en su momento se valió del mismo.

El signo, único en su género, posee en Saussure tres propiedades que son dadas como evidentes y que no requieren ninguna prueba de hecho ni demostración de razón: es arbitrario, negativo, bifásico. Se notará que de esas tres propiedades, la última se halla contenida en el concepto mismo de signo; razón por la cual no volveré prácticamente sobre ello.²⁰ Las otras dos propiedades, en cambio, no son evidentes, y es posible que Saussure las reivindique sólo para el signo lingüístico.

²⁰ La única particularidad del signo lingüístico reside, desde ese punto de vista, en la naturaleza de sus fases: el fenómeno del sonido, o significante, por su parte, y el fenómeno del sentido, o significado, por la otra.

tico, excluido cualquier otro.

a) *Lo arbitrario*

No retomaré en detalle la crítica del término, en el que Lacan ha mostrado la marca del dominio del discurso del Amo como si Saussure no pudiera reconocer en la lengua una ley sin evocar la figura de un legislador, así fuera para borrarlo después. Yo quisiera, más bien, establecer lo que ese concepto cumple.

Tiene, de hecho, dos funciones, una positiva, negativa la otra. La primera se resume en lo siguiente: establecer que la lengua se encuentra sometida a la ley de un *dualismo* absoluto. En otros términos: existen dos órdenes, el de los signos y el de las cosas; nada del primero podría actuar como causa del segundo y recíprocamente. De lo que se sigue que entre el signo y la cosa significada, la relación es de simple coyuntura.

Pero es preciso ir más lejos. El sonido como tal también pertenece al orden de las cosas, y lo mismo la idea donde significa; de manera que, siguiendo el dualismo, la relación que los reúne en tanto que cosas nada puede tener en común con la relación que los reúne como fases de un signo: ninguna causa pertinente a la primera relación puede operar sobre la segunda. De esta manera, lo arbitrario no rige solamente la relación entre la cosa significada y el signo, sino también la correspondiente entre significante y significado. Esto contrariamente a lo sostenido por Benveniste en un artículo famoso.²¹

²¹ Se notará que el postulado es muy poco verosímil, ateniéndose a la intuición sensible. ¿Quién creará que las cosas no puedan actuar como causas para la lengua, o a la inversa que la lengua no sea causa en el orden de las cosas? Pero, justamente, lo arbitrario apunta a sustraer a la lingüística de lo verosímil sensible. Se recordarán aquí las tesis de Koyré sobre la física galileana.

Lo arbitrario, en este sentido, no hace sino nombrar la coyuntura. Lo mismo que Lacan designa mejor como contingencia, y también lo que Mallarmé llamaba Azar.²² Al ubicarlo en el corazón de la lengua, Saussure se autoriza la construcción de una teoría de los signos sin ningún compromiso con una teoría de las cosas. La lingüística, desde luego, no es una visión del mundo, y el lazo que desde los griegos la unía a la teoría del ser de las cosas se ha quebrado.²³

Esto equivale a decir que por lo arbitrario la lingüística es puesta en posición de ignorar. Por lo cual se llega a la segunda función, negativa, del concepto.

Que determinado sonido remita a determinado sentido, que un signo dado remita a esa cosa, es actualmente pensado como pura coyuntura. El por qué es así en lugar de serlo de otra manera, lo arbitrario dice que no tiene por qué saberlo. Más exactamente, lo arbitrario del signo viene a plantear que no podría ser pensado de otra manera que como lo es, por lo mismo que no hay razón alguna para que sea como es. Lo arbitrario recubre de una manera exactamente ajustada

²² "Azar que permanece en los términos a pesar del artificio de su retemple alternado en el sentido y en la sonoridad." Mallarmé, *Crise de Vers*, de lo que se sigue que el *Lauce de dados* es una proposición sobre la lengua.

Sería un error suponer que el Azar de Mallarmé y la contingencia de Lacan fueran sólo nombres mejores para lo arbitrario. La diferencia entre los términos recubre una subversión de las posiciones. En Saussure, *arbitrario* significa, en propiedad, el rechazo del saber; en Mallarmé, como en Lacan, los términos son positivos y dicen que un saber es posible.

²³ La lengua saussuriana si se considera su materia; pertenece al orden de las cosas, la disyunción puede realizarse desde el punto de vista de la forma. Para que el dualismo valga, entonces, es necesario considerar solamente la forma, de ahí la tesis: la lengua es una forma y no una sustancia.

una cuestión que no será planteada: ¿qué es el signo cuando no es signo? ¿qué es la lengua antes de que sea la lengua? Es decir, la pregunta que corrientemente se formula en términos del origen. Decir que el signo es arbitrario es plantear como tesis primitiva: *hay lengua*.²⁴

b) Lo negativo

El signo lingüístico es negativo, es decir, según Saussure, opositivo y relativo.

Eso significa dos cosas: primero, que los signos son múltiples y forman un orden. Dentro de ese orden, cada signo carece de identidad sino es en la relación que mantiene con los otros (en conjunto o separadamente). Aquí se rencuentra el dualismo: todo lo que a un signo podría conferirle una identidad independiente, es atribuido al orden de las cosas, y, de esa manera, ignorado. De ahí se sigue también que sólo puede ser definido un tipo de relaciones, pues todo lo que podría diversificarlo en otros aspectos es eliminado de la atención. Entre un signo *a* y un signo *b*, como no es posible decir qué es *a* o *b* por separado, se puede afirmar, simplemente que el uno no es el otro, y recíprocamente: *a* es *to* se le llama una oposición.

En segundo lugar, la negatividad implica que las unidades lingüísticas no son dadas a la intuición inmediata. Puesto que esas unidades son signos, según Saussure, no pueden recibir identificación sino por la

²⁴ Aquí, nuevamente, las confusiones son frecuentes. La tesis de la arbitrariedad tiene la función de eliminar toda pregunta acerca del origen; tiene, por tanto, una semejanza sólo superficial con el convencionalismo. Para nada sirve evocar, en relación con el *Curso*, la oposición de los griegos *Thései*: *Physei*, que es una proposición sobre el origen, y no se refiere a la *lengua*, sino al *lenguaje*.

red de las relaciones de su propio orden. Las identidades del signo sólo pueden, por tanto, ser deducidas.

c] La bifacialidad

De esta propiedad, poco hay que decir, salvo que permite pensar en términos de signo una propiedad desde siempre reconocida al lenguaje: la relación entre un movimiento sonoro, vibración del aire, y un sentido, idea, concepto, etcétera.

Como se ve, esas tres propiedades son muy diferentes y sus relaciones no demasiado evidentes. Sin embargo, es por el hecho de haberlas reunido en un mismo punto y haber llamado a ese punto *signo*, como Saussure ha singularizado su doctrina. Nada impide imaginar una teoría "T" donde todas esas propiedades subsisten, pero redistribuidas en lugares diversos. En este caso, el concepto de signo se desvanece, sin que, a pesar de eso, haya incompatibilidad entre "T" y el *Curso*.

Tomado como corresponde, el dualismo no es sino una forma particular de la operación que trata del *no-todo* y de su contraparte: la ignorancia. Es preciso decirlo, toda teoría lingüística debe transitar por esa vía, y sabemos por qué razón: toda ciencia, de la cual la lingüística es aquí sólo una especie, es construcción de una escritura y se define como ciencia que sólo admite escritura de lo repetible. Esto implica que la ciencia debe dejar de lado, tanto lo que de la realidad no es necesario para la repetición dentro de su objeto, como lo que, en sí mismo, no es repetible —digamos lo accidental—. Y descarta, finalmente, en aquello que se repite, lo que podría ocultar precisamente la repetición, es decir, las variaciones individuales. En Saussure

el signo arbitrario es lo que opera todas las exclusiones al mismo tiempo. Otra lingüística, diferentemente formada, por ejemplo, la gramática transformacional, puede obtener los mismos efectos mediante otros recursos: exclusión explícita de ciertos datos, "limitación de memoria, distracciones, desplazamiento del interés o de la atención, errores" (*Aspects*, p. 12). Pero también, por otra parte, un puro y simple silencio con respecto a todo lo que pudiera aparentar como cosa del mundo, ajeno a la repetición de los ejemplos: realidad social, antropología, psicología, etc. La única diferencia con el *Curso* reside en que el concepto de signo no es el soporte de la operación, y, de ello, que ninguna propiedad específica, como lo arbitrario, ha de señalarla. Basta entonces una especie de protocolo, enunciado desde el inicio de la teoría, y sobre el cual no se ha de volver, o, incluso, basta con una simple zona de silencio que delimita invisiblemente el campo.

La tesis de la negatividad se dividía en dos subtesis: una tocante al análisis del concepto de signo y la otra a la naturaleza de las unidades lingüísticas. Por razones de comodidad, comenzaré por examinar la segunda, remitiendo la primera para más adelante.

El que las unidades de la lingüística no sean dadas a la intuición inmediata es en el fondo, una cuestión de hecho, susceptible de examen empírico, y no sólo de definiciones nominales. Pero esto equivale a decir al mismo tiempo que no sería necesariamente cuestión de diferencias de principios si alguna teoría lingüística, a diferencia de la de Saussure, tuviera por inmediatas las unidades.

Luego, ésta es la situación: de manera implícita o no, todas las gramáticas estructuralistas han razonado efectivamente como si sus unidades debieran ser construidas; para la gramática transformacional, por

Lo contrario, el conjunto de las operaciones de construcción —establecimiento de las distribuciones, las oposiciones, los paradigmas, etc.— es inútil. Las unidades están dadas, se trata simplemente de describirlas.²⁵ Sin duda, esto implica grandes diferencias entre ambos tipos de teorías, pero, sin embargo, no se puede pretender que impidan definir un núcleo común.

Que el signo es bifásico se halla implicado en la noción de signo, pero falta aún que el lenguaje se preste a ser así representado. Para Saussure, y para muchos otros antes que él, la posibilidad es evidente; pero supongamos que se muestre la relación entre el lenguaje y el signo: faltaría por explicar de dónde viene su fuerza de evidencia. Consiste en que no podemos pensar la lengua sino aparejada con una vibración sonora y otra cosa, la ausente, la idea, el sentido. Es esta diferencia pura, la que, por otra parte destina el lenguaje o la filosofía y, recíprocamente la que el signo permite captar y fijar hasta el punto de hacerla manejable.

Sin duda, la manejabilidad es esencial para la lingüística y se la debe asegurar. Más aún, no es evidente que el signo sea el único medio de que dispone. Consideremos una vez más la gramática transformacional: la diferencia pura está allí situada y hecha perfectamente representable por la simple posición de nivel en la teoría. Aquí tenemos un nivel llamado fonológico y otro llamado semántico. Su presencia y su definición aparecen, entonces, como una condición general de buena construcción de teorías. En lugar de un concepto específico, el de signo, es la forma de la

²⁵ A lo que se agrega, desde luego, que las unidades no son de la misma naturaleza. Así, en sintaxis transformacional, la unidad es la frase. En las gramáticas estructuralistas la frase nunca puede poseer un estatus. La diferencia es más antigua de lo que parece; la misma ya es mencionada, en forma embrionaria, en el *Curso*.

teoría la que expresa la diferencia pura en el centro del lenguaje.

Se ve desde ya en qué sentido las propiedades mismas, cuya combinación constituye el signo saussuriano, pueden en lo esencial ser mantenidas, salvo, precisamente, en su conjunción. Queda la propiedad más singular, la negatividad, entendida en su sentido no empírico. Es aquí, en apariencia, donde se anuda más estrechamente el lazo entre la lingüística y su versión estructuralista. Sin embargo, reducida a su esencia, la tesis sólo dice: *en la lengua hay un discernible*.

Retomando los términos de Lacan, en la lengua hay un Uno. En Saussure, lo hemos visto, el signo es la instancia que permite encuadrar el objeto con referencia al discernimiento que el mismo hace posible. En Chomsky actúa una instancia semejante, bajo la forma de una afirmación: para cada nivel de la gramática existen unidades minimales. (Cf. *Aspects*, pp. 179-180, n.2). En ambos casos se trata de la misma cosa: hacer posible una escritura.

Para resumir: en primer lugar, lejos de que la teoría del signo sea esencial para la lingüística, se puede poner en duda que la misma haya jamás construido una teoría del signo. En segundo lugar, si se analiza correctamente el concepto de signo, aparece que sus propiedades pueden ser conservadas por otros procedimientos, el núcleo de la lingüística se compondría entonces de tres distintos elementos, diversamente combinados según los modelos:

- la elección de un modelo de ciencia: el modelo puede variar, pero no por la exigencia de que haya uno. Eso implica en todo caso que el objeto sea representable, vale decir, regular.
- la operación que trata el *no-todo*, donde se ejer-

cen la voluntad de no saber y se cumple la regulación;

- la tesis del discernible.

Hasta este momento, nuestro punto de vista ha sido estrictamente epistemológico: puesta en orden, clasificación y distinción de los conceptos. Como siempre, este género de tareas lleva en sí mismo un límite, y lo hemos alcanzado. El punto que lo pone de manifiesto es, precisamente, la tesis del discernible.

Tal como la hemos presentado, esa tesis no se distingue de esto: la lingüística impone a un objeto, que la ignora, las redes de discernimiento que le conviene. En otros términos: al comienzo hay un flujo dentro del cual se introducen cortes, los que por sí mismos no poseen otros títulos que el ser tenidos por reales; tesis nominalista corriente, implícitamente o no, entre los estructuralistas.

Pero, no es esto lo que la lingüística requiere. Una presentación de ese tipo podría convenir a la historia, a la sociología o a las diversas disciplinas hermenéuticas. A diferencia de aquéllas, la lingüística apunta a un *real*, y es de ese real que la lingüística exige que sea demarcado un discernible, de lo Uno. No es su escritura la que instituye por convención lo Uno, sino, al contrario, es éste el que la hace posible, y no en el nivel de la lengua, sino en el de *lalangue*.

Aquí se toca la esencia de aquello que, de la lingüística, interesa al psicoanálisis. Para reducirla a su mínimo, la tesis freudiana podría ser definida así: el hecho de que haya lengua tiene que ver con el hecho de que hay inconsciente. De lo cual se sigue que los mecanismos de la primera repiten los del segundo (es la tesis de los sentidos opuestos de los términos primitivos), y recíprocamente. De donde se sigue más exactamente que puede ser definido un punto donde la

lengua — al mismo tiempo que existe y que tenga tal forma — y el deseo inconsciente se articulan. A ese punto, a diferencia de Freud, Lacan le ha dado un nombre: *lalangue* o, lo que es el mismo concepto, el ente hablante, el *hablente*.

Lo que la lingüística testimonia, por su simple posibilidad, es que ese punto donde la lengua y el deseo se corrompen recíprocamente no debe ser figurado como un flujo, sino que dicho punto es una articulación significativa. Sólo por eso su escritura atañe a un real. En este sentido, por otra parte, la lingüística no agrega nada a lo que dicen el lapsus y el chiste, de los cuales, sin embargo, aquélla pone todo su empeño en apartarse, puesto que también el lapsus y el chiste suponen *lalangue* y el Uno.

De esta manera, para Lacan, como para Freud antes que él, no es una determinada forma de lingüística lo que importa — la estructuralista o la transformacional, la sincrónica o la diacrónica —, sino el simple hecho de que, con respecto a la lengua, algo del orden de una escritura es posible. A Freud le bastó la gramática comparada, un tanto incierta, de Abel. Lacan plantea mayores exigencias, poco mayores en el fondo; ni siquiera le es necesario que la lingüística, puesto que existe satisfactoriamente para ella misma, tenga en claro sus propios métodos.

¿Sería tan importante para el psicoanálisis, después de todo, que la lingüística, en sentido estricto, sea posible y subsista en ella misma? Puesto que, atentamente considerada, la tesis del discernible en nada distingue como tal a la lingüística de la gramática. El punto donde ambas disciplinas divergen es en el tratamiento del *no-todo* y en la referencia a la ciencia. Pero esto es lo que poco importa al psicoanálisis: aquí sólo vale el “hay lo Uno en *lalangue*”, y desde la aurora de los tiempos, desde el instante en que un hombre, el prime-

ro, ha dicho "Esto es correcto", eso es lo supuesto por la gramática.

Lalangue no es un flujo al que se le imponga, mediante cortes, lo Uno. Y la lengua no se reduce a una territorialización operada para los fines del conocimiento. Esto es lo que atestiguan desde ya el chiste, el lapsus, las asociaciones y, en una palabra, la pura posibilidad de la escucha analítica. Esto es, efectivamente, también lo que la gramática y la lingüística autorizan. No significa que las mismas tengan algo que hacer con relación a *lalangue*, sino, más bien, con algo que es posible sólo por su existencia. Más aún, la gramática y la lingüística no se ocupan con propiedad de los significantes, puesto que el sujeto que éstos representan, aquéllas lo ignoran; pero las baterías que constroen, escribiendo un real, están permanentemente a punto de volcarse en cadenas significantes. Basta para eso que se los refiera a su causa: lo Uno estructurante del *lalangue*.

El psicoanálisis, por tanto, se apoya en lo que la gramática y la lingüística dan por supuesto y que éstas mismas garantizan con su propio éxito. Sin embargo, la lingüística podría desvanecerse en tanto que ciencia, y en ese sentido el apoyo que el psicoanálisis obtiene de ella no desaparecería porque para nada depende de una exigencia de integración a la ciencia: sólo importa la pura posibilidad de una escritura.

Esta sola posibilidad nada tiene de trivial. Ninguna filosofía la había evocado jamás con relación al lenguaje. El paso cumplido por el gramático y completado por el lingüista tiene en esto una importancia singular. A decir verdad, dentro de la experiencia cotidiana, todo aparece en contra de la idea de que, para objetos tan íntimamente ligados a la realidad como son las palabras, fuera posible construir una escritura, la que, justamente, nada debe a esa realidad. Más

todavía, la instancia de lo Uno toma una nueva forma. Desde siempre la filosofía ha reconocido esa instancia en la naturaleza, en tanto que lugar de los *stoicheia*, hasta unirlos dentro de la figura del mundo, y su saber integral en la figura de Dios.

Con la gramática, y su intersección con la ciencia, la lingüística, lo Uno aparece no sólo fuera de la naturaleza, sino en eso mismo que de buena gana se hubiera definido como tal exterioridad. Las letras pequeñas de Galileo muestran su poder de apelar a otra cosa que la *physis*, o, más bien, lo otro de la *physis*. Queda entonces abierta una fisura en la figura de mundo, en tanto que esa figura pudiera pretenderse coextensiva al reino de lo Uno; es un nuevo modo de ser el que emerge, el de un Uno no físico, el que Saussure se ha agotado en la tarea de delimitar, y después de él los estructuralistas.

El paso del psicoanálisis, y quizás ese paso no hubiera sido posible sin la previa construcción de la escritura lingüística (así fuese bajo la forma aún no desenvuelta de la gramática comparada), consiste en haber reconocido en ese modo inédito del ser, aquél de los procesos inconscientes.²⁶ En ese preciso sentido, se puede persistir en sostener un privilegio para la lingüística, el que su propio curso de desarrollo ha tenido la propiedad de hacérselo descuidar.

²⁶ Ése es el verdadero alcance del texto, tan desconocido por los más grandes, sobre los sentidos opuestos en las palabras primitivas. Se comprueba que el propio Freud, por más que estuviera impulsado a no reconocer otro Uno que el Uno físico, había encontrado otra cosa.

V. Periplo por los embrollos del Todo

“Todo no se dice” se deja entender en varios sentidos. En primer lugar: es la proposición que da figura al real, como el lingüista lo encuentra, proposición de la que se puede salir traduciéndola: “cualquier locución señalada como incorrecta está prohibida”. Pero, que todo no se dice es también lo que designa otro real, con el que el lingüista, en tanto lingüista, nada tiene que hacer: las palabras para algunas cosas fallan siempre, o, hay algo imposible de decir. Tomadas en su conjunto, como lo hace la lengua francesa, esas dos lecturas se anudan embarazosamente. Lo que para el ente hablante es lugar de imposible, es también lugar de prohibición.

No es que la lengua sea el único testimonio, al contrario, ésta no hace sino repetir al sexo. Imposible una relación sexual, y por eso está empaquetada de prohibiciones. De ahí un problema: ¿La prohibición, en general, es parte integrante de lo imposible? Y la prohibición que pesa sobre determinadas locuciones, sobre las que el lingüista se asigna autoridad: ¿tiene relación con las fallas de las palabras?

Pero todo eso, que en más de un sentido no se podría decir, sin embargo, lo nombramos. La lengua

propone para ese fin significantes de los cuales no tenemos reparos en hacer uso. Incluso por eso obtenemos esas proposiciones universalizantes que, en caso de presentar en algún punto de su decurso una marca del significante del Todo, se distinguen y valen por algún sesgo para algún todo. ¿De dónde tenemos, empero, que la interpretación de esos significantes del Todo sea unívoca? ¿Sobre qué nos aseguramos que las proposiciones universalizantes son siempre lícitas, sin otra condición que su buena formación?

Esto es, por tanto y en todo sentido, que la articulación del todo y el decir interesa a la lingüística. Eso en la medida en que la lingüística especifica su objeto en el que todo no se dice, en tanto que a partir de ese punto mismo aquella constituye un todo, concluyendo de eso que todo no se dice al todo que se dice. Y en tanto, finalmente, que la lingüística entiende, de ese todo decirlo todo, mediante proposiciones universalizantes. En síntesis, en su relación con el decir, la lingüística *demand* el Todo: en todo sentido, es decir en sentidos contradictorios y cometiendo embrollos. De ahí nacen sus antinomias y su sofística, las que son una con su sutileza y sus subterfugios. Ninguna esperanza de desenredar esto, a menos de confrontar el todo al que se apunta en lo que se dice de lo que se dice, con el todo del que se dice que no se dice.

La gramática y la lingüística emiten con referencia a la lengua proposiciones universalizantes. No es que todas sean universales en el sentido corriente, no habría dificultad en citar algunas que sean particulares e incluso singulares. Pero aquellas mismas que enuncian alguna excepción irreductible son tenidas como valiendo en toda ocasión regular, para todo sujeto hablante definido según criterios establecidos. De hecho, es esto precisamente lo que debe autorizar la operación que diseña la lengua contra el fondo de

lalangue y la separa: un uso incesantemente lícito del operador universal en cualquier punto de las proposiciones emitidas sobre la lengua.

Se observa de esta manera la medida en que se hallan emparentadas la operación de la lengua y la de *lalangue*. La única diferencia que las separa es la que va del colectivo al distributivo. El punto de vista del lenguaje accede fácilmente al universal por la extensión y la posición de propiedades comunes a las diversas lenguas, reuniéndolas colectivamente en un todo. La lengua, en cambio, supone lo universal distribuido en cada una, de manera que sean posibles proposiciones universalizantes para una lengua entre las cosas, así fuera ésta única en el mundo. Uno y otro punto de vista, aun cuando no se puedan distinguir sus resortes, consisten entonces en adjuntar incesantemente un operador del Todo a los jirones de real que se oponen. Esto así sea el todo de las clases de palabras, el de la regla, o el del mínimo del soporte supuestamente universalizable de la lengua: el sujeto hablante.

Ese Todo es sin duda el que, según los más, autoriza a la lingüística a considerarse ciencia, puesto que a partir de Aristóteles, ésta es parte integrante del Todo. ¿No es la *episteme* un conjunto de proposiciones tal que, de un objeto bien definido como un todo, aquellas dicen todo, en términos válidos para todos y en toda circunstancia? A lo anterior, Galileo parece haber cambiado muy poca cosa. La ciencia que él funda se afirma moderna al otorgar a su objeto figura de Universo y válida por sí sola una técnica todopoderosa. De la misma manera, lo esencial de las metodologías reside sólo en un punto: redefinir los modos de construcción posibles de una proposición universalizante. En una palabra: mostrar cómo el Todo viene a los jirones. Aquí las opiniones divergen, pero eso importa poco comparando con el propósito que las reu-

ne; luego, es bastante visible que tales opiniones no pueden evitar el dejar sin rozar lo esencial de la ciencia. Pues, a pesar de las apariencias, la ciencia, tomada en sí misma, nada tiene que ver con el Todo. La ciencia se realiza sólo mediante construcciones de escritura, y el Universo que le está asignado describir o gobernar es su salario imaginario: la vana esperanza de que las escrituras se combinen y adquieran finalmente significación para alguien, sujeto universal o humanidad. Pero los epistemólogos no se resignan, y cada uno de ellos se encarniza en rehacer por sesgos diversos los enganches de un Todo que se tiene por único garante recibibile de la científicidad.

Más valdría, sin embargo, interrogarse acerca del fondo, e indagar sobre las condiciones que hacen que ese Todo, siempre requerido y por eso siempre supuesto lícito, sea en el orden del significante efectivamente lícito. De donde, dicho de otro modo, se emite una proposición que, universal o particular, se universaliza por poseer en algún punto, en su objeto o en el tipo de su validación, un Todo. No parece que muchos se hayan interrogado sobre este punto. Se está demasiado ocupado en la verificación de las vías de acceso a lo universal, para poner en duda al universal mismo y pensar que ese punto al que se trataría de llegar puede no ser siempre construible. No parece, en otros términos, que se haya percibido que, universales o particulares, ciertas proposiciones se asemejan en suponer esto: "Algún Todo puede ser dicho". Menos aún se ha reconocido que esa suposición requiere, a su vez, un \bar{a} , oyo que le puede ser negado.

Esto es, por lo contrario, lo que no se le ha escapado a Lacan cuando publica en el *Etourdit* la hipótesis cardinal del Todo: para que algún Todo pueda ser dicho, es necesario un límite que, al suspenderlo, lo garantice como Todo consti: ible de manera deter-

minada. Ese límite es propuesto muy clásicamente como una existencia —al menos una—, y esta misma construible, tal que "diga que no" a la propiedad que define el Todo. Suponiendo, entonces, que se simbolice cualquier uso del Todo en forma canónica $\forall x. \Phi x$, ese fragmento de escritura sólo se sostiene por otro, del cual requiere la incesante posibilidad: $\exists x. \bar{\Phi} x$, existe un x tal que para él el Todo esté en suspenso. Límite o excepción, es decir, confirmación.

Se trata aquí del real de la escritura. El hecho que la existencia así construida corresponde o no a una *realidad* es, por tanto, inessential. Lo importante es que la misma pueda ser construida. Supongamos, en cambio, no que se niegue que una realidad responda a la existencia construida como límite, sino que esa existencia no pueda ser construida —lo que se escribe $\bar{\exists} x. \bar{\Phi} x$, "no existe x que diga no a Φx "—, luego, el Todo no es, a su vez, construible. Ningún límite lo suspende en adelante ni le demarca su campo: de todo de universo se vuelca a todo de extrauniverso, lo cual no se podría decir íntegramente, y el operador que lo anota, afectado por una barra de negación, puede también llamarse *no-todo*: $\bar{\forall} x. \bar{\Phi} x$.

De este embrollo del Todo —enmascarado por el uso del significante "todo" en castellano, que vale tanto para el todo de universo cuanto para el otro—, el ejercicio es por él mismo sin límite. Cualquier estructura donde se halla interesada la inscripción de un Todo, es sujeta allí, incluso el universal mediante el cual el artificio se profiere.²⁷ Es sabido que Lacan

²⁷ Los embrollos del Todo se ponen muy en evidencia en los nombres legados por la tradición: el Mundo, el Universo y Dios. Por lo que se refiere al Mundo, se sabe que está sin ambigüedad inscrito del lado del Todo, puesto que Dios —así sólo fuera como creador— es justamente el límite que lo suspende. Sin embargo, por poco que el Mundo sea sustituido por el Universo, las dificultades

define los modos de inscripción de los sexos: basta para eso que Φx sea entendido como la función fálica. De ahí luego se sigue todo: hombre, mujer, castración y que haya dos sexos. Pues las escrituras del Todo valen de la misma manera para cada ente hablante tomado distributivamente, y de ello que se construyan como un Todo en relación a un Φx , de lo que se puede concluir que cada uno de entre ellos debe inscribirse como sujeto necesariamente en un lado o del otro.

des se complican, pues no está lógicamente excluido que Dios no esté dentro del mismo. El ser infinito del Universo, en este caso, no resulta contradictorio. Pero en cuanto el Universo se escinde del Mundo, ocurre entonces que Dios se reparte.

Sería fácil demostrar que el Dios de los filósofos y los sabios es esa x que hace límite al Universo, y que de esa manera lo constituye como Todo, accesible a las proposiciones universalizantes. El hecho de que esa x sea realizable o no poco importa, si su existencia es construible. De esta manera, el deísmo y el ateísmo pueden equivalerse (y se ve por paréntesis que el ateísmo de Freud es necesariamente parte integrante de lo que Lacan llama *touthomme*). En cambio, basta que, por el sesgo de la Omnipotencia, no pueda ser construida ninguna x que escape a Φx o que, por el sesgo de la Encarnación, Dios se haga el mismo valor de la función: entonces el Todo ya no es construible. El soporte de ese *no-todo* es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y de la misma manera el Misterio de Jesús, Dios Todopoderoso, puesto que capaz de milagro, encarnado y al mismo tiempo oculto, en tanto que no podría ser dicho íntegramente. Conviene leer sobre todo esto a Pascal; pero también a Newton.

Si Dios no está más en posición de límite, la tarea de salvar el Todo del Universo pertenece a otro significanté. Así ese momento eminente que sería el origen, o, aun, la inserción dentro de la serie de los fenómenos de aquello que la deniega: la libertad. Se reconoce aquí lo que anima las antiñomías kantianas y la resolución que a las mismas propone la razón práctica. Pero no menos se notan los rodeos de las cosmologías modernas.

Se recomienda la lectura de F. Regnault, *Le Sujet de la science et le fantasma du monde*, de próxima publicación.

Pero, acordémonos de la lengua y adelantemos las siguientes proposiciones: nada existe sino en tanto que es nombrable en su ser; y nada es nombrable sino por una articulación de *lalangue*. A la segunda proposición siempre se le podrá dar un sentido tal que nada puede refutarla. En cuanto a la primera, no es otra cosa que un axioma, cuya refutación, por tanto, es imposible, pues si algún elemento existiese que la contradijera, sería imposible nombrarlo: Juego lógico, sin duda, pero del que surge una consecuencia. Si efectivamente no existe límite nombrable para *lalangue*; ésta no podrá de ninguna manera ser inscrita del lado del Todo. La colección de elementos que la compondrían no tomarían figura de universo, y las proposiciones que se formalizaran a partir de las mismas no serían universalizables. En contraste, la lengua y el lenguaje aparecen como inscripciones del Todo, delimitables como lugares, en *lalangue*, de lo universal. De lo que se sigue, por recíproca, que toda proposición universalizante relacionada con *lalangue* no puede ser emitida sino desde la lengua o el lenguaje; y de ahí se sigue, también, que la lengua y *lalangue* no pueden sostenerse sino de un punto Φx . Φx que los garantice como Todo.

Ese punto posee diversos nombres, pero siempre es relevante. Para la gramática es la diferencia de las categorías, de la estratificación del elemento al grupo que lo incluye, y de la división, finalmente, entre sonido y sentido, con lo que reticula la lengua y la arroja en el espacio de los todos. Cada categoría, cada estrato, limita al otro. El sonido suspende al sentido y recíprocamente. Ese *no* constantemente renviado de un punto al otro es lo que Saussure llama la *diferencia*: en la lengua, tal como él la define, así como (aunque secretamente) en toda gramática, cada elemento está limitado y suspendido por el otro. Así la lengua donde,

como se sabe, no hay sino diferencias, sólo está hecha de todos. A lo que se agrega el todo que es la gramática para ella misma: Saussure lo construye mediante el *dualismo*. Siendo la lengua un sistema de signos, en otros términos, siendo Φx en adelante entendido como signo, la cosa es de manera que, sin ser el signo, permite al mismo tiempo escribir $\exists x$, Φx y $\forall x \Phi x$.

En la actualidad los lingüistas, luego de haber renunciado ampliamente al recurso del signo, se conforman con proponer una extralingüística cuyo nombre y naturaleza importan poco, puesto que se trata de un puro límite al que quizá no responde ninguna realidad limitándose a exigir de la misma que sea íntegramente construible.

Más aún, la división de sonido y sentido, la estratificación y el dualismo, esas funciones que garantizan el Todo mediante la suspensión que proveen, son, a su vez, inscribibles en la esfera de la universalidad. En efecto, hay en la lengua categorías suspendientes. Es, pues, fácil mostrar la existencia de elementos singulares²⁸ —digamos, para abreviar, los pronombres personales— que deniegan la estratificación (la definición en mención del pronombre exige su uso), al mismo tiempo que la división de sonido y sentido (el sentido de *yo* es la pronunciación del significante “yo”), el dualismo incluso (la cosa designada por *yo* no tiene otra consistencia que un cierto uso de la palabra, ella misma palabra). Sin duda, para que por esa vía las funciones denegadas sean al mismo tiempo garantidas como Todo, es necesario aceptar que los elementos singulares sean inscritos en posición de *límite*. Para

eso sirve el concepto de *shifter*. Pocas dudas caben de que en la operación algo del real se pierde, pero las exigencias del Todo cobran ese precio.

Evidentemente, los lógicos deben de proceder según otros modos; sin duda, se dedican a salvar el Todo de cada lengua lógica, pero, a diferencia de los lingüistas, no disponen de un universo de realidades del cual tomar a voluntad un $\exists x \Phi x$. El límite requerido no les puede provenir sino de la estructura de los lenguajes lógicos mismos. Para eso sirve el concepto de metalenguaje, que no es más que esto: sea cual fuere la interpretación o la potencia de un lenguaje lógico, existe siempre al menos una entidad que le es ajena, ésta es ese lenguaje mismo.²⁹ Forzar ese punto de suspensión, querer que el lenguaje se tome a él mismo como objeto, equivale necesariamente a reinscribirlo del lado del *no-todo*, cuya forma palpable es la paradoja. Se comprueba, por recíproca, que la proposición lacaniana: “no existe metalenguaje”, puede traducirse inmediatamente: “hay alguna cosa del lenguaje que se inscribe como *no-todo*”. Y esto consiste en una afirmación de la existencia de *lalangue* en el lenguaje.

Con referencia a *lalangue*, esas operaciones igualmente productivas del Todo, no son, sin embargo, equivalentes. Para los lógicos, es *lalangue misma* —los más sutiles no se lo ocultan—, por poco que su existencia se haga presente, la que constituyen como límite totalizante de los lenguajes lógicos. Basta para ellos que sea hallado un nombre —lengua cotidiana de

²⁸ Véase J.C. Milner, “Réflexions sur l'arbitraire du signe”, *Ornicar* 5, pp. 73-85. El razonamiento está conducido allí por los pronombres personales, pero también los performativos y los delocutivos, lo que de ninguna manera agota la lista.

²⁹ La proposición central de la hermenéutica: “siempre hay algo que evade al lenguaje” es de un orden comparable; consiste en plantear un límite —Dios o el Sentido— que confirme al lenguaje como Todo. Se comprende así que la hermenéutica haya formado parte integrante de la filosofía desde su nacimiento.

Tarski, lengua U de Curry —³⁰ que la fije en su posición. Pero el lingüista no podría conformarse con eso, puesto que es sobre la misma lengua cotidiana donde debe establecer su dominio. Lejos de que la lengua cotidiana pueda funcionar como límite, ella misma debería, en su propio desenvolvimiento, presentar un límite inferior. Eso es lo que permite, según todas las apariencias, la partición entre correcto e incorrecto.

Pero aquí se ha recorrido un circuito suplementario, pues esa partición no constituye límite. El *nombre* que la misma articula no es suspensión, sino prohibición. De lo que se sigue que la lengua, inscrita como Todo, se sustantiva en una red de obligaciones e interdicciones: lo imposible en la lengua, que la instituye en real, se escribe con la cifra de la prohibición. Éste es el enigma. ¿Qué negará que la locución interdicta sea también parte de la lengua? Si no ocurriera así, ése sería, simplemente, el límite donde la lengua se sus-

no existe metalengua, puede traducirse íntegramente en la lengua U, y así se puede traducir íntegramente. "En la lengua U de Curry". Consultar: J.A. Miller, "Théorie de la langue", *Ornicar* 1, pp. 27-29, y "U", *Ornicar* 2. El artículo de Tarski es de 1933: "Le concept de vérité dans les langages formalisés", *Logique, sémantique, mathématique*, Paris, A. Colin, 1972, t. I, pp. 159-269. H. B. Curry ha retomado en varias oportunidades su análisis de la lengua U; la presentación más clara es quizá la que se puede leer en *A Theory of Formal-Deducibility*, Notre-Dame Mathematical Lectures, No. 6, 1957, donde se hallarán estas líneas: "Todo lo que hacemos se apoya en la lengua U [...] podemos emitir aserciones sobre la lengua U en lengua U. Resulta de ello que *no existe metalengua U*" (*ibid.*, p. 12, las cursivas son nuestras).

Las últimas proposiciones del *Tractatus* de Wittgenstein son, por vía negativa, equivalentes: "De lo que no se puede hablar, mejores callarse" enuncia evidentemente un límite que por retroacción constituye al *Tractatus* como Todo, homólogo del Todo del Mundo introducido en la primera proposición del libro. Pero, a la inversa, el hecho de que un imposible deba dar lugar a una prohibición explícita demuestra que existe al menos un lugar desde donde se habla de aquello de lo cual no se puede hablar: ese lugar es *lalangue*.

pende y se confirma como Todo. No habría, entonces, necesidad de regla que la califique como excluida; bien concebida, la función de la lengua bastaría. Pero siempre es requerido un juicio explícito, pues de otra manera nada en una locución incorrecta la anunciaría como tal. En ciertos aspectos de la cuestión, es *dentro de la lengua donde la locución incorrecta reclama ser descartada*. Sin embargo, hay que estar en guardia; ésa es efectivamente la estructura de cualquier prohibición, y la prohibición de la lengua no se distingue desde ese punto de vista de la que pesa sobre el sexo.

Pero eso no puede ser bien aprehendido sino a condición de marcar la incidencia de las escrituras del Todo sobre lo sexual. Supongamos un ente hablante que se inscribe como sujeto en uno de dos sistemas de escritura:³¹ de esa manera, por poco que Φx sea entendido como la función fálica, en el orden simbólico se encuentra articulado para ese ente el real de su deseo en tanto que sexual. Pero no resulta menos cierto decir que, de ahí, se genera la familia de sus identificaciones imaginarias, y, singularmente, el sistema de nominaciones sexuales —"el hombre", "la mujer"— dentro del cual se halla capturado, en la realidad, el real que marca a los entes hablantes: una constante carencia de unión. Así el *Heterós* absoluto que insiste en lo real, se escribe en la disparidad de las escrituras del Todo y es imaginado en el reparto en mitades de las representaciones llegadas del cuerpo. Según se haya inscrito como sujeto en uno u otro lado del Φx , el ente parlante se aprehenderá como "mi" en la mitad hombre o en la mitad mujer.

No cabe duda que, a tal rama de escritura, tal nombre de mitad se le apareja. Puede verse en eso

³¹ Sobre todo eso, Cf. *L'Étourdit* y la lección VII de *Encore*.

contingencia, pero poco importa aquí. Para nosotros, occidentales, las refracciones imaginarias del Todo y del *no-todo* permiten resumirse en los respectivos nombres del hombre y la mujer. Como máximo, hemos aprendido, en los tiempos modernos, que nada del cuerpo obliga al ente hablante a inscribirse, ni como sujeto ni como "mi", en una de las posturas vertientes: todo o *no-todo*, hombre o mujer.

Supongamos ahora un ente hablante que se inscribe como Todo. Éste No deja de saber ni por un instante que hay entes hablantes que se inscriben como *no-todo*. Sin embargo, y en cuanto a él, no puede aprehenderlos sino desde el Todo que determina su posición y su espacio. De ahí la consecuencia: los entes hablantes, en tanto que son todos, encuentran continuamente a otros que atribuyen al mismo Todo y que, sin embargo, le testimonian la inscripción del *no-todo*. Luego, esa inscripción les es propuesta bajo la forma de una prohibición, pues si no puede ser construido el límite, el Todo ya no puede ser dicho. Y esta prohibición se acuña para todo ente hablante en un mandamiento: "No dirás todo". A través del nexo de la mención y del uso pasa en esas palabras un veto, el mismo por el cual, a partir de Kant, la Razón se asegura: "No hablarás del Todo". Al mismo tiempo la negación que, en la escritura lacaniana, afecta al operador \forall , se deja describir a buen derecho como el $\mu\eta$ de prohibición por el cual Aristóteles vetaba a la negación referencia a lo universal. Plantear que el Todo pueda no ser construible tiene, por tanto, como sinónimo: hay, en cuanto al *no-todo*, una prohibición.

Luego, lo que vale por las escrituras, vale asimismo para sus soportes. Por supuesto, frente a los soportes del Todo, aparecerán los del *no-todo*, ellos también, bajo la forma de prohibición. Así, para cada ente hablante que se inscriba como Todo —lo que la

doctrina califica como posición de hombre—, el *no-todo* se hará presente en la proposición: "Algún ente hablante está prohibido". El soporte de esta prohibición será un ente hablante inscrito como *no-todo*, en el caso una mujer, generalmente calificada como madre. El campo de la prohibición será aquél donde las dos inscripciones se confrontan: la relación entre los sexos en tanto que esa relación debería dar lugar a la escritura. De ahí sigue el Edipo: para el hombre, una mujer —su madre— está prohibida en cuanto a relación sexual.

Una mujer está prohibida, no porque ella marcaría el límite del género humano (Yocasta no es la Esfinge), sino, al contrario, porque pertenece al mismo y porque al pertenecer ella es soporte de lo que hay imposible de decir del Todo del ente hablante. Aquí se anuda la paradoja por la cual lo que es imposible para el ente hablante —digamos, la relación sexual—, debe, por añadidura, dar lugar a prohibición.³² De una manera exactamente comparable se articula lo correspondiente de la lengua. Como Todo, la lengua tropieza de continuo con la posibilidad para cuya denegación ha sido hecha: el *no-todo* de *lalangue*. Esto se mide elementalmente en que de lo extralingüístico, que debería garantizar el Todo de la lengua, nada subsiste salvo los

³² Que para el ente hablante lo que es imposible deba también estar prohibido es una estructura que opera continuamente cuando las leyes del habla están en cuestión. La filosofía crítica prohíbe que se trate de conocer la Cosa en sí, porque, justamente, es imposible conocerla. Hay cosas de las cuales es imposible hablar, dice Wittgenstein, por ello está prohibido hacerlo. Si confiamos en Leo Strauss, Maimónides sostenía que la divulgación de los secretos de la Torah era imposible, y que al mismo tiempo estaba prohibido por la Ley (Leo Strauss, *Persecution and the Art of Writing*. The Free Press, 1952, p. 59). Abelardo se prohibió a Eloisa, tanto más severamente cuanto que se castró: cuestión de votos y de lógica.

nombres que se le asignan. Lo imposible que hay de decir todo de *lalangue* dentro de la lengua, se distribuye sobre el Todo bajo la figura de un prohibido, lo que se dice también: "alguna locución de *lalangue* está prohibida". El campo de esta prohibición será aquel donde la lengua y *lalangue* se confrontan: el proferimiento. De ahí una proposición, que no es sino un Edipo lingüístico: "desde el punto de vista de la lengua, alguna locución está prohibida, en tanto que la misma podría ser proferida".

Esta vez, empero, no se trata de límite: la locución prohibida no posee nada que suspenda los caracteres de la lengua, incluso hasta el punto que basta a veces algún subterfugio para incluirla en ella.³³ A pesar de lo irrisorio de su material, testimonia distributivamente dentro de la lengua, vuelta a delimitar como lugar de universal, el *no-todo*, a saber *lalangue*, que en tanto nada existe que sea su límite, no puede ser dicha toda. Se ve entonces porqué la aserción del real de la lengua es homónimo del axioma por el cual Lacan sostiene que el decir pertenece al orden del *no-todo*: "todo no puede ser dicho". El borde de real que la lingüística se ocupa de representar como la partición de lo correcto y lo incorrecto, no es otra sustancia que *lalangue* misma. Soporta dentro de su forma de borde lo ilimitado que destruye toda universalidad. Es, sin embargo, aquí donde por un esfuerzo sorprendente, la lingüística debe afirmarse para volcar en la cuenta de lo universal aquello mismo que atestigua lo imposible de decir.

³³ Lo más usual es la cita. Si la frase P es incorrecta, siempre está permitido escribir la frase P': "es incorrecto decir P". Existen otros procedimientos menos groseros. Cf. Chomsky, *Aspects*, p. 213.

VI. Un lingüista deseante

Aquello que es esencial para la lingüística puede ser o no introducido bajo la forma del signo. Esto no equivale a decir que la elección carezca de consecuencias, al menos cuando eso es pensado. Muy al contrario, importa mucho que el signo soporte para Saussure un peso esencial. Y esto no sólo en el *Curso*, sino por todas partes: estudios mitológicos, análisis de los anagramas, etc. Al extremo de que se llega a suponer un cierre mucho más importante: no simplemente los fundamentos de una ciencia, sino el discernimiento de un modo de ser, hasta aquí inédito.

No debe, pues, temerse la exageración de la postura: los textos saussurianos testifican del carácter desesperado de las aporías en las que se inscribe el signo. Todo se reduce a una cuestión: ¿de dónde viene que exista lo discernible? Lo cual conduce a esto otro: ¿de dónde viene que pueda ser pensada la repetición y la no repetición?

Saussure no podía ignorar la respuesta corriente: para discernir basta con nombrar. Pero esto no hace sino acentuar la aporía, cuando se trata precisamente, para él, de introducir el discernimiento en aquello por lo cual se nombra —digamos para simplificar, el lenguaje—. De ahí las célebres interrogaciones —variaciones sobre el cuchillo de Juanito—: ¿cuál es la iden-

tidad de una pieza de ajedrez, o de un tren, mientras todos sus elementos materiales pueden ser modificados? O, para retomar un texto menos conocido:

[...] la runa Y es un "símbolo". Su IDENTIDAD [...] consiste en esto: que tiene la forma Y; que se lee Z; que es la letra numerada octava del alfabeto; que es llamada místicamente *zann*, y, finalmente, que es citada como primera de la palabra.

Al cabo de algún tiempo: ... *aquella* es la décima del alfabeto. ... pero aquí *ELLA* comienza a suponer una unidad [...]

¿Dónde está ahora la identidad?

Dicho de otra manera, cada uno de los predicados que analizan la sustancia puede cambiar independientemente de los otros, de modo que la identidad, si se la quiere discernir, deberá hallarse en otra parte: no en la sustancia, sino en la forma. Esto vale decir, como se ha visto, la red de las diferencias. Es aquí donde interviene de manera crucial el concepto de signo. A diferencia del signo de los filósofos, el signo saussuriano no representa: representa *para* los otros signos. Pero a diferencia del signifiante de Lacan, nadie pudo jamás decir qué representaba. En realidad, no representa sino a él mismo, es decir un puro cruce, una nada, de lo cual ni siquiera se puede decir que es uno.

Esa es, pues, la paradoja: el elemento mismo que debería asegurar el discernimiento se halla atravesado por la multiplicidad de las oposiciones donde está aprisionado. No hay subsistencia que asegure la instancia de lo Uno. El signo se ajusta a un silencio: está construido de manera que el sujeto sea forcluido, y cuya insistencia y la repetida caída delimitan el Uno de cada uno de los significantes en su relación con

³⁴ Saussure, en J. Starobinski, *Les Mots suos les mots*, pp. 15-16.

otro, y confieren a todos el Uno-por-Uno que los estructura como cadena. Entre las propiedades del signo, lo diferencial asegura la sutura deseada. La identidad no se sostiene sino de la ausencia de cualquier Sí para el signo.

De ahí se construye como *a priori* la figura de un retorno del forcluido. Para Saussure, esto no podía operarse sino por la reaparición de un Sí de las unidades de lengua, y que fue referible a un sujeto de deseo. Basta para ello indicar las investigaciones sobre los anagramas.

Los textos accesibles han sido reunidos por J. Starobinski,³⁵ a quien me remito de una vez por todas. Estos papeles han sido diversamente comentados, y hay quienes ya se consideran autorizados para fundamentar, a partir de los mismos, nuevos abordajes de la poesía. Sin embargo, su alcance nunca ha sido exactamente mensurado. Debido a eso, me dedicaré a restituir con brevedad lo que está en cuestión aquí.

Todo comienza, aparentemente, con un problema de filología: ¿qué es un verso saturnino?

Saussure, aplicando el método clásico de examen de textos, descubre un primer principio, el que podría ser llamado principio de la pareja:

En un verso saturnino, los fonemas de cada tipo están siempre en número par.

Con este principio, único cuyo número de fonemas es obligatorio pero no la naturaleza de los mismos. Un examen más atento demuestra que es necesario agregarle un principio rector de la elección de los fonemas apareados; es el principio del anagrama.

³⁵ Recuerdo que sólo algunos textos han sido publicados. Los otros que subsisten, por otra parte; son mantenidos fuera de la vista por los responsables ginebrinos de los papeles de Saussure.

En un verso saturnino, los fonemas son elegidos a partir de un nombre, ligado de manera crucial al sentido narrativo del verso.

Como esos principios, una vez comprobados, no pueden ser referidos a lo aleatorio, y como, además, son no necesarios, se requiere suponerles una causa específica: un *saber* explícito y consciente, en el cual la ausencia de cualquier rastro debe ser atribuida a un *secreto*.

Así formulada, la hipótesis nada tiene de inverosímil con vistas al método filológico. Todo lo que se puede decir es que no está demostrada. La prueba debería poseer la forma siguiente: establecer 1] que hay textos sin anagramas; 2] que todos los anagramas comprobados son el efecto de una técnica específica. Aquí es donde Saussure ha fallado. Una vez definidos, los anagramas aparecieron, evidentes, en todas partes: fuera de los versos saturninos, en todos los tipos de versos latinos, cualquiera fuera su época, hasta en versos modernos cuyo autor, consultado, omitió responder. Desde luego, Saussure se hallaba en presencia de un real incontrovertible, pero la filología nada podía hacer con respecto a eso. Ya no se trataba de principios no necesarios, sino de una propiedad siempre detectable en los textos; no más el saber obliterado de especialistas desaparecidos, sino el saber inconsciente de la misma lengua.

Nada de todo eso interesa aún a la forclusión; y, a decir verdad, establecer la verdadera articulación de los anagramas resulta más dificultoso de lo que parece.

Lo primero que se debe señalar es que, hablando con propiedad, el anagrama deniega el signo saussuriano:

- El anagrama no es diferencial: cada uno de los anagramas reposa sobre determinado nombre, del

que redistribuye los fonemas. Pero está claro que ese nombre (propio o común), aunque sea una unidad lingüística, no es tratado en lo que tiene de diferencial: tiene una identidad propia, un Sí, que no extrae de la red de oposiciones donde la lingüística lo aprehendería.

- El anagrama no es ni contingente ni arbitrario: su función consiste en imponer una necesidad a los fonemas del verso, sustrayéndolos del azar que marca las unidades lexicales.

- El nombre en anagrama funciona como un "sentido" y no como un significado. Es como cosa del mundo, no como elemento de una lengua, que el nombre es la designación global de todo el verso. En ese sentido, el anagrama contraviene el dualismo: el orden de los signos y el de las cosas se confunden, y es el segundo de esos órdenes el que funciona como causa en relación con el primero.

- Más en general aún, el anagrama atenta contra el principio mismo de todas las descripciones lingüísticas o gramaticales. Cualesquiera sean sus métodos aquéllas soportan el tercero excluido; dos unidades dadas, son totalmente distintas o totalmente indistintas; una unidad está presente o está ausente dentro de una secuencia. Luego, consideremos la secuencia *Ciculesque*, anagrama de *Circe* (ejemplo de Saussure in Starobinski, p. 150), o *despotique*, anagrama de *désespoir* (ejemplo de Jakobson): preguntar si las formas apareadas son distintas unas en relación a las otras carece, en propiedad, de sentido, puesto que el anagrama es considerado como lo que sustituye *realmente* en la forma explícita. De la misma manera, *Circe* o *désespoir* no pueden ser designadas unívocamente presentes o ausentes. El anagrama como tal determina un lugar donde esas cuestiones, aunque esen-

ciales para una descripción, carecen ya de estatuto.

Saussure llama al lugar del verso donde se encuentran concentrados los fonemas del nombre crucial, *locus princeps* (Starobinski, p. 50): lugar soberano. Su atributo esencial es que teje en los fonemas del verso un *aparte* que los gobierna: en la medida en que se diferencia de los elementos del texto explícito es como el nombre puesto en anagrama puede ser su principio organizante. Dicho de otro modo, 1] en la medida en que encarna una diferencia y 2] en cuanto que es *uno*. A lo cual, el *locus princeps* agrega que ese principio se incluye en el verso como una de sus partes.

Se podría fácilmente sostener que el nombre puesto en anagrama no es sino el verso mismo, considerado como serie de fonemas, concentrado en un punto: el Uno del nombre que encarna el Uno rector del verso, como *un* verso y como divisible en elementos discernibles *uno* por *uno*. En ese sentido, el *locus princeps*, o lugar soberano, representa con bastante propiedad el significante maestro, el significante *Uno* en “hay *Uno* dentro de la cadena significante”, incluido en la cadena significante.

La distancia con relación al *Curso* es ahora máxima: allí todo estaba regido por lo diferencial, de manera que era imposible instituir el menor representante imaginario, al reunir sobre sí el conjunto de los intervalos y diferencias gobernantes de la lengua. Aquí, por lo contrario, lo diferencial es disuelto y lo que de éste subsiste toma la figura totalmente positiva de un puesto soberano, de un lugar detectable por derecho dentro de cualquier verso.

En segundo lugar, hay que decir claramente que los anagramas nada tienen de ilusorio. Muy por lo contrario, hacen a un real: el de la homofonía. En los razonamientos de Saussure, todo se apoya en que una serie de fonemas puede siempre hacer eco a otra, y por ello

significarla por criptograma. Pero, que no es necesariamente así es evidente, y su comprobación sólo requiere una observación algo atenta. Abrid cualquier libro al azar —Meillet ha hecho la experiencia— y los anagramas abundarán, inagotables.

Con ese real de la homofonía, condición del lapsus y del chiste, la lingüística, simplemente, nada tiene que hacer; lo descarta, remitiéndolo a lo contingente. Para eso el signo saussuriano se presta cómodamente: si es contingente que un significante fónico dado se una a determinado significado, lo mismo será *a fortiori* si dos significantes fónicos unidos a significados diferentes resultan parecidos. Son esas aventuras del orden de las cosas, por las cuales el orden de los signos no podría ser afectado.

No se trata de decir que la lingüística renuncia siempre a ocuparse del real de la homofonía, pero lo remite siempre a su núcleo contingente y lo somete al tercero excluido de la distinción. Así, la gramática comparada se encuentra enteramente fundada sobre la observación de que en una lengua dada, y más entre una y otra lengua, se producen ecos, pero es bien sabido que la causa de esos ecos es enunciable como un conjunto lingüístico de estatuto regular —por ejemplo, el indoeuropeo—, a su vez regido por los principios comunes. De la misma manera, y por una extensión natural, Saussure, confrontado con otra homofonía, trata de integrarla dentro del campo de la filología, refiriéndola a una causa completamente contingente: un nombre, unidad léxica ordinaria, elegido por un técnico para fines de codificación y que subsiste, distinto, como clave criptográfica.

El anagrama se revela, por tanto, ambiguo: por una parte, dice la pertenencia de la homofonía a la lengua, como objeto de la lingüística; pero, por otra, dice su no asimilable. Por ello, el anagrama no puede restituir

la contingencia requerida sino mediante la denegación de las propiedades regulares del signo. Representa, en un sistema filológico de la lengua, lo que en la misma marca su dependencia con relación a un real con el cual no se podría mensurar.

El anagrama representa igualmente, incluido en la red de lo imposible de la lengua, un "además" que allí es distinguible. Por una parte, el anagrama es enteramente formulable en términos de fonemas, y supone un análisis fundado sobre el principio que hace contingente la homofonía —de manera que no recibe un estatuto sino por un sistema que la devalúa—; por la otra parte, el anagrama denuncia un real que excede toda fonología posible. Por eso, por lo incontorneable de su real, pone a la lengua en exceso. Nosotros llamamos a eso *lalangue*.

Sin embargo, lo esencial quizá no ha sido alcanzado aún. La ambigüedad del anagrama hace que se preste muy fácilmente para una ciencia humana cualquiera, y por su intermedio el real de la homofonía puede dar lugar, al igual que cualquier otro real, a descuento y notación. Eso es, por lo demás, lo que se observa, puesto que, debido a Jakobson, lo que era un fracaso para la filología se ha tornado en éxito apreciable con relación a la lingüística estructural por la intermediación de la poética. Al mismo tiempo, la lengua, como red de imposible, retoma su imperio y amplía sus límites. Lo que podría aparentemente excederla ya no es más atribuible a un efecto de real, sino una figura imaginaria: el genio poético. Como ocurre con frecuencia, lo inasimilable a las representaciones calculables ha pasado a la cuenta de la cultura humanista. El anagrama saussuriano deviene la figura moderna del tropo, medio de comentario, por una transacción que reconcilia mutuamente a la poesía y a la ciencia de la lengua.

Pero debería estar claro que Saussure se proponía otra cosa muy distinta. A diferencia de Jakobson, la poesía le interesaba muy poco, y no se hubiera contentado con haber hallado un método para hablar de ella en forma verosímil. Saussure entendía ocuparse de la verdad, bajo la figura que únicamente le importaba: la conjetura sobre el indoeuropeo. Y poco le interesaba, mediante esa conjetura, poseer un nuevo acceso a las formas culturales de la tradición humanista. Lo que él buscaba era un saber.

Los anagramas deberían deletrear el saber iniciático, secreto y olvidado, de los poetas indoeuropeos, y si fuera imposible tomarlos así, mejor sería dejarlos de lado, pues nada valdrían. Así, al no presentarse la prueba decisiva, Saussure dejó de hablar de ese asunto. Por ahí aparece el escándalo, incluso para los simpatizantes, Jakobson o Starobinski. ¿Un saber? No, por cierto. Lo mismo para los eruditos ortodoxos. Éstos asediando quizá más estrechamente lo que está en juego cuando hablan de locura. Pues eso es lo que se murmura y lo que sin duda explica el embargo que se aplicó en Ginebra sobre los manuscritos.

¿De dónde proviene que el saber resulte en la ocasión tan chocante? La razón es simple: es imposible abordar el real de los anagramas, íntegramente entretelado de lengua, haciendo como si la lingüística no existiera. Se sabe que esta última nada quiere saber de lo que soporta a los anagramas. Pero lo que eso implica no es que lo quiera ignorar, sino más bien pretender que ningún saber sea enunciable dentro de este campo. Lo cual se puede aceptar de dos maneras. Una consiste en hacer como si nada hubiera que tratar: ésa es la conducta corriente; la otra es atenerse al amor de los poetas. Pero Saussure resiste: pretende articular un saber, y como no lo puede concebir sino bajo una sola figura, se agota en suponerle un sujeto.

Éste es, sin duda, el lugar de la locura, donde Saussure concuerda con lo que se podría imaginar de la locura de Cantor: que, desde el interior de la ciencia un sujeto reconozca, en el real que encuentra, los lineamientos de un saber, al cual toma por tarea subjetivarlo. Cantor llamaba Dios a este supuesto sujeto del saber de los conjuntos,³⁶ haciendo de la matemática la sierva de la teología. Saussure lo nombra vate, y hace de la lingüística la sirvienta de la leyenda.³⁷

Lo fundamental consiste, por tanto, en que Saussure ha planteado en términos de un saber subjetivable en punto donde *lalangue* se articula con la lengua. Saber imaginario, sin duda, pues no intenta sino colmar el paso infranqueable que separa la una de la otra. Pero al menos Saussure no se ha prestado para hacerlo habitable mediante algún recurso a lo cultural. Más bien, y estrechando el análisis, ha rozado el delirio. Léase con respecto a eso las descripciones (Starobinski, pp. 38-40) donde Saussure introduce en la escena a los vates, contando con la ayuda de varillas los fonemas pertinentes, y cumplimentando así lo mismo que el filólogo se encuentra retrospectivamente en la obligación de repetir. En propiedad, Saussure deviene entonces el punto de subjetividad que le suponía al saber, y la investigación de los anagramas se convierte en la puesta en acto agotadora y vana de una escena primitiva, en la que se colma, en la sucesión de un relato y la subjetivación del *locus princeps*, la distancia que media entre la lengua y aquello que la excede.

³⁶ Cf. C. Cantor, *Abhandlungen mathematischen u. philosophischen Inhalts*, Olms, 1966, carta al cardenal Franzelin del 22 de enero de 1886, pp. 399-400, y carta al profesor Eulenburg del 28 de febrero de 1886, pp. 400-407.

³⁷ Cf. Starobinski, p. 56, igual que la ecuación de la p. 38: "para que el Dios, o la ley poética, fuesen satisfechos".

En cuanto a que lo que otorga materia a la función de exceso sea la homofonía, y no otra cosa, resulta directamente del concepto de signo. Mediante este último, la lengua era pensada como calculable en lo que tiene de diferencial; lo forcluido no podía entonces volver sino bajo la figura de lo que deshace el diferencial: el eco contingente.

Con relación a eso, Chomsky constituye algo así como una contraprueba. Para él, a diferencia de Saussure, lo discernible en la lengua no representa un problema y no reclama un concepto propio; está dado y se verifica.³⁸ A partir de ahí, el diferencial y el signo no desempeñan ningún papel distinguible en la instauración de una notación gramatical. Por vía de consecuencia, la homofonía no podría ya ejercer efecto destructor. La homofonía se halla, simplemente, fuera del campo. La existencia o la inexistencia de los anagramas o de la poesía carecería de pertinencia para la forma de la teoría gramatical. Esto no equivale a decir, sin embargo, que el sujeto forcluido no retornará, sino solamente que no emergerá en los mismos lugares.

Como era esperable, en la medida misma que la integración de la lingüística en el campo de la ciencia está mucho más cumplida en Chomsky, ese retorno opera, como en todos los sabios, bajo la forma de una ética de igualdad y libertad. Así, aquello que reúne a los entes hablantes dentro de un estatuto de punto calculable se dedica a tornar soportable su condición, militando para ello a favor de su liberación política.

³⁸ Indico de pasada que el carácter de dado del discernible viene a constituir el sujeto hablante como texto a descifrar. Por el concepto de *competencia*, queda dicho que la teoría gramatical se halla ya escrita en el sujeto por el mero hecho que pueda hablar la lengua (Cf. *Aspects*, p. 44). No es indiferente, entonces, que algunos de los más notables representantes de la gramática trasfomacional sean de formación judía, entrenados en el deletreo del Talmud.

Pero aquí, como se ve, nada distingue al lingüista de cualquier otro actor de ciencia. La singularidad de Saussure se esfuma a medida que la sustracción de la lengua a *lalangue* puede ser tenida en mayor medida como adquirida.

VII. De la lengua

Ser es ser nombrable. Luego, no hay nombre que no sea hablable. ¿No supone esto, empero, que un ser haya hablado? Vale decir que del ser al hablar el círculo es incesante. Sin embargo, que un ente sea calificado de hablante, no resulta libre de dificultades. No es posible aquí que el ente sea un sustrato desnudo, al que vendría a agregarse, así fuese como atributo esencial, la propiedad de "hablante". Más bien, el ente hablante es aquel cuyo ser mismo no deja de ser afectado por el hecho de que habla. Puesto que, lo no hablable que lo suscita a ser, supone que, en parte al menos, ha tenido que hablar.

Si un solo ente hablante, Dios o no, es *hablente*, el ente en sí y el hablar no se separan y se corrompen mutuamente. Pero, por último: ¿qué habla ese ser hablante?; ¿qué es necesario que sea para que su ser pueda y deba inscribirse allí en suspenso?

Está claro que se puede tratar aquí de la lengua de los lingüistas: una representación matematizable no podría en ningún caso afectar al ente que la soporta, y, por otra parte, la lengua como objeto de ciencia se sostiene justamente en el hecho de que no es hablada por alguien cuyo ser fuera especificable. Tampoco

podría ser el lenguaje. Atributo esencial del género humano, el lenguaje supone un ente precedente, que aquél contribuye a especificar como Hombre. Como en la misma filosofía, se repite la disyunción entre el ser y sus propiedades.

El ente hablante supone un nombre, pero el nombre supone el ente hablante. El enunciado del círculo suscita por sí mismo la apariencia de su resolución: el nombre que designa al ente lo hace *hablente*. De hecho, el mismo nombre de *hablente* no puede subsistir sino como una falta, puesto que, al tiempo que precede a la enunciación del nombre le falta el *hablente* que lo profiera. El conjunto de locuciones en el que deberá advenir el nombre el *hablente* será entonces, por estructura, siempre defectivo; el operador *todo* nunca será lícito en relación con él. En síntesis: ese conjunto es *no-todo*; el *hablente* no podría especificarse sino mediante lo que nombra el *no-todo* de las nominaciones, *lalangue*.

Es en ese registro, por lo demás, donde suena el Witz "hablente" mismo, suficiente indicación de la relación: *Lalangue es aquello por lo cual un ente puede ser nombrado hablante*. Ambos conceptos forman sólo uno y no se distinguen más que por el punto de vista. Desde luego, cualquier cuestión referente a *lalangue* puede ser traducida como una cuestión sobre el ente hablante, y resulta dependiente en última instancia de esta otra: ¿qué es un ente hablante?

Para introducir la posibilidad misma del problema, Lacan recurre deliberadamente a un estilo clásico: dos seres hablan, dice, porque no pueden unificarse. Tesis ésta de apariencia muy filosófica, cuya presentación más despojada se encuentra en el *Discours physique de la parole* de Géraud de Cordemoy, aunque la tradición se remonta mucho más lejos. Generalmente, la tesis adquiere sentido mediante la construcción del

caso hipotético contrario: sean puros espíritus — por ejemplo, los ángeles—, nada obstaculiza su conjunción; al conocerse inmediatamente unos a otros, no requieren lenguaje. Por lo cual se implica: 1) que la relación crucial entre dos seres es el conocimiento recíproco que puedan tener; 2) que siendo el lugar del conocimiento el alma, el obstáculo crucial está constituido por el cuerpo.

Se puede suponer fácilmente que no es eso lo que le interesa a Lacan. Sin embargo, el punto que otorga su interés a la tesis clásica consiste en que ésta liga la posibilidad del lenguaje a la existencia de un imposible, marcando, al mismo tiempo, determinada relación. Para el filósofo los términos de la relación son sujetos de representación, dotados de un alma y un cuerpo, representando el segundo a la primera. La relación es de conocimiento por intermedio de una representación, dicho de otro modo, una comunicación.³⁹ El soporte de lo imposible son los cuerpos. De todo eso nada queda en Lacan, salvo el modelo: los términos son sujetos deseantes, la relación es la relación sexual, los soportes del imposible son los cuerpos, pero no como representantes de los movimientos del alma, sino como recordados por el deseo. Por lo tanto, así como el lenguaje del filósofo es el lugar del imposible del mutuo conocimiento, *lalangue* es el lugar del imposible de la relación sexual.

Se comprueba de dónde el modelo de la comunicación extrae su fuerza cuando se trata de representar el lenguaje; es que ese modelo está cortado exactamente en la dimensión del real del cual el lenguaje es el

³⁹ Por comunicación no hay que entender, evidentemente, el concepto matemático, sino el concepto de los filósofos: la relación de conocimiento mutuo entre dos sujetos, tomada en el espacio de la representación; vale decir, dotados de un alma y un cuerpo.

fantasma: la pareja de locutores que el modelo une es la fiel imagen, y por eso la máscara más apropiada, de la imposible conjunción de sujetos deseantes. Pero, como lo hemos visto, toda lingüística se funda en un modelo de la comunicación (o su equivalente).⁴⁰ En ese sentido, la lingüística basa su coherencia interna en un recurso a lo fantasmático. La representación del acto de lenguaje, concordantemente condición de la lengua, se torna mimesis gesticulante del real donde *lalangue* se instituye.

Dos sujetos que no pueden confundirse en uno, éste es el eje de *lalangue*; dicho de otro modo, dos entes hablantes son necesaria y realmente distintos y su diferencia no puede ser anulada, desde ningún punto de vista, ni siquiera de manera conceptual. Los sujetos no dejan de escribirse como discernibles, y no puede existir ningún real donde sean simétricos. Por eso el modelo de la comunicación, el de Saussure, por ejemplo, al funcionar como representación, funciona también como máscara. Su propiedad esencial consiste, en efecto, en aplicar a la relación de conjunción imposible el principio de la simetría de lo indiscernible. Dos sujetos hablantes en el sentido de la lingüística que, por definición, no son considerados sino por los rasgos que recíprocamente los igualan. De esa manera, la no conjunción es mantenida en la puesta en escena, pero en forma tal que siempre es posible negarla y suplantarla allí con la igualdad y la simetría de los términos. A de-

⁴⁰ Chomsky, por ejemplo, niega explícitamente toda importancia a la función de comunicación para la teoría del lenguaje. Pero encuentra su equivalente, proyectándolo sobre un sujeto único: en lugar del mutuo conocimiento, el lenguaje tiene la función de aclararle al propio sujeto sus representaciones. Se vuelve a encontrar el movimiento mediante el cual Chomsky proyecta el par locutor-auditor sobre un sujeto hablante único. No hay aquí sino variaciones de estilo.

cir verdad, el lenguaje, como concepto, y la lengua como soporte de un real, no son otra cosa que esa suplantación misma. Colman el foso de la no conjunción mediante la conversión mágica de sus efectos en otras tantas marcas contrarias: la topología de la no conjunción deviene espacio de la comunicación, lo heterogéneo de los *hablantes* se cuenta como homogeneidad de participantes en el intercambio, el freno de la locución se hace mensaje.

Lo que se revela entonces es una singular relación entre la lengua y el amor. Pues también el amor debe suplir una conjunción imposible: la misma concentrada por Lacan bajo la forma "no hay relación sexual". Por lo demás, basta hacer la experiencia: tomar cualquier esquema de comunicación e introducir en él, en lugar de sujetos hablantes, enteramente calculables, sujetos obliterados por el deseo, es obtener la forma de un amor. La diferencia, desde luego, estalla en el modo de insistencia del deseo, pero esto cuenta menos, quizá, que la homología. En el amor, como en la lengua, se trata de evacuar lo discernible, de hacer de modo tal que deje de escribirse, que el dos se haga uno, mediante la superación fantasmática de lo inunificable. Más aún, la operación se vale de los mismos recursos: Los del signo. Cordermoy lo dice suficientemente, la relación de lenguaje se instaura en el hecho de que un sujeto hablante infiere que el ente que lo enfrenta es no sólo un semejante, sino que es un igual, es decir, un sujeto hablante como él. Basta simplemente que reconozca determinados movimientos físicos como signos, y que en consecuencia suponga en ellos un sujeto emisor. Es de la misma manera, dice Lacan, que en un gesto, en una palabra o en una frase articulada, un sujeto deseante supone un sujeto que amaría como igual en relación al deseo.

¿Cómo asombrarse, entonces, que del amor se pase,

por reversibilidad, a la lengua, como lo testimonian todas las formas de preciosismo; que se los unifique, hasta el punto que amor por la lengua y mentiras de amor, lejos de contarse como alianza de palabras, testimonien la unicidad de un resorte común: la "mismidad" que suple la imposible conjunción? Ambos arraigan entonces en *lalangue*, como que ésta es el lugar de aquel imposible.

Sin embargo, una diferencia: allí donde el amor está urdido de deseo y deniega la necesidad de *lalangue*, es la lengua la que hace como si el deseo no existiese, y es con *lalangue* que construye su material. Así, sólo a partir de la lengua se puede esperar un acceso a *lalangue*. Pero la homología del amor puede ser una ayuda. Que *lalangue* existe efectivamente equivale a decir, lo hemos visto, que el amor es posible, que el signo de un sujeto puede ser causa del deseo, que un sujeto del deseo puede hacer de signo dentro de una cadena. Es por eso que *lalangue* excede a la lengua e imprime en ella la marca por la cual se la reconoce.

Supuesta una secuencia de lengua, basta con que un sujeto del deseo haga allí signo en un punto, para que, al mismo tiempo, todo se tambalee: cesa la calculabilidad sintáctica, la representación gramatical cede y los elementos articulados devienen significantes. Yo llamaré a ese proceso, que conforme con J.A. Miller releva un término de Lacan, subjetivación: el mismo puede operar en cualquier parte. Basta para eso una cadena y un punto distinguible en la misma. El sujeto, en este sentido, dispone de libertad de indiferencia y todos los lugares pueden ser habitados por su deseo.

Supongamos la lengua, como red de imposible y como objeto de un saber, sometida al proceso. En cuanto se diseña la función de exceso, que es *lalangue*, tenemos el conjunto de todas las cadenas posibles, aquellas que la ciencia representa: etimología, paradigmas di-

versos, derivaciones, transformaciones, etc., así como las que la ciencia rechaza: homofonías, homosemias, palíndromos, anagramas, tropos, y todas las figuras imaginables de la asociación. *Lalangue* es, entonces, una multiplicidad de arborescencias sobreabundantes, donde el sujeto fija su deseo. No importa, para eso, cuál articulación sea elegida por el sujeto para hacer de ella un signo. El punto de subjetivación es siempre uno entre otros, y en el mismo momento en que es delimitada la cadena dentro de la cual ese punto se distingue, surgen mil otras cadenas análogas. En enjambre, dice Lacan. La cadena de lengua cualquiera, en la medida que un sujeto puede constituir signo en ella, podría ser una definición de *lalangue*. Pero ésta no opera verdaderamente sino a partir del instante en que el sujeto del deseo ha subjetivado un punto dentro de la cadena. De otro modo, cuando ha dicho su deseo. En este sentido, *lalangue* es también, en la sobreabundancia de sus asociaciones, el conjunto virtual de los decires del deseo. De otro modo, *lalangue* ofrece sus caminos, los que el sujeto del deseo tomará pase lo que pase, incluso en su dimensión de inconsciente.

Con respecto a eso, el paso característico de la lingüística y la gramática se sintetiza en la construcción de una representación de las cadenas asociativas. La idea fundamental es en este caso la de paradigma, por medio de la cual las cadenas son convertidas en tablas enunciabiles y regulares. Se comprende el lugar singular que ocupa en Saussure la teoría del paradigma: es el punto crítico en el que la lengua es arrancada de *lalangue*. Sólo algunas asociaciones quedan retenidas, las otras están manifiestamente destinadas a exceder lo representable y a subsistir reprimidas bajo la forma de un saber inconsciente.

Pero el ente hablante, por lo general no se satisface con ese enfoque enumerativo. Necesita alguna cosa

que represente *lalangue* sin adulterarla, una imagen de aquello que excede la representación. El itinerario para ello es necesariamente imaginario, así fuera por cuanto es reflexivo. Para el ente hablante se trata de volver sobre lo que lo hace ente hablante y lastrarlo con una totalidad y permanencia inimaginables. Aquí se abre una galería de figuras muy conocidas, la principal de las cuales es la lengua materna, la que no es *lalangue* sino una imagen recibida de su función de exceso con referencia a las gramáticas y a las teorías. Es necesario agregar a esto todas las lenguas ideales: la de Brisset, y también la lengua fundamental de Schreber, así como la lengua de Wolfson, obtenida por la adición de todas las lenguas no maternas. Se trata aquí de totalidades definibles en extensión. En otros casos, la definición es intencional: así el *plus* de pureza de Mallarmé, pero siempre se obtiene, incluso en las lenguas posibles, un término que las excede a todas, como detentando la representación de la función misma de exceso.

De esta manera se comprende suficientemente la función de los anagramas, pero quizá sería necesario llevar el análisis más lejos. En varias oportunidades hemos evocado entre las cadenas asociativas la etimología, particularmente las que permite el indoeuropeo.⁴¹ Hasta el presente, el indoeuropeo no ha sido considerado sino como objeto de ciencia y como figu-

⁴¹ No es éste el lugar ni la ocasión para discriminar entre los diversos tipos posibles de etimologías. Digamos, simplemente, que la etimología indoeuropea guarda escasa relación con la etimología ilustrada en Bloch-Wartburg. La primera se ocupa de los precedentes relativos y de las pruebas estructurales, la segunda de dataciones absolutas y de pruebas documentales. Finalmente, estas dos disciplinas, referidas a la ciencia, se distinguen de la etimología antigua, la de Varron o la de Isidoro de Sevilla, que es, en propiedad, una parte de la retórica.

ra de un saber en el que Saussure esperaba escribir integralmente los anagramas. Sin embargo asalta una sospecha cuando se sabe cuál es el rumor que corre entre los propios especialistas en indoeuropeo, a saber: que su disciplina roza constantemente la locura. Esa sospecha se refuerza aún más cuando se percibe el carácter completamente singular del tipo de ciencia lingüística a la que llega la gramática comparada, así como la singularidad del tipo de datos que la suscita.

En efecto, tomemos las cosas en su punto de partida. Desde siempre habían sido observados los ecos fónicos entre distintas lenguas, particularmente entre el griego y el latín. ¿Debían ser remitidos esos datos a lo contingente o a una necesidad general de la articulación fónica o, finalmente, a partir de las homofonías se debía inferir una causa específica? El problema podía recibir una formulación precisa, y el hecho es, ejemplo raro, que ha sido enteramente resuelto. A partir de 1880 se sabía a qué atenerse con respecto a eso.

Las homofonías consideradas no son ni absolutamente contingentes ni absolutamente necesarias. Tienen una causa particular que puede ser descrita como una comunidad de origen. Ése es el concepto del indoeuropeo que, como se ve, se analiza en dos partes: a) las semejanzas fónicas tienen una causa; b) esa causa es una lengua. De otro modo: el indoeuropeo es la lengua que causa las homofonías entre distintas lenguas. Ser indoeuropeísta es, entonces: a) construir una lengua, la lengua de la causa; b) referir cada forma de las lenguas observadas a una forma de la lengua-causa (es eso lo que se designa etimología). Se observa de inmediato lo extraño del concepto de indoeuropeo: es una lengua de estatuto pleno, en todo punto comparable con cualquier lengua conocida, pero jamás podrá ser afirmada como hablada por sujetos. Efectivamente, si por fortuna se describieran los trazos ob-

servables, los mismos sólo podrían ser considerados como los elementos de una lengua efecto, puesto que la lengua causa buscada continúa oculta.⁴²

En síntesis, el indoeuropeo no es simplemente una lengua muerta, como el latín, que ya no es hablada, pero que siempre es posible referirla a sujetos. El indoeuropeo no puede estar nunca en posición de ser su propia lengua materna de sujetos, aunque fuesen desaparecidos. A primera vista, tenemos una lengua que es enteramente una elucubración de saber.

¿Quiere esto decir que se debería tratarla como un esperanto cualquiera, conectada con fines racionales, con vista a eliminar cualquier trazo de un exceso donde un sujeto hubiera hecho signo? Lo contrario es lo cierto: cada una de las formas indoeuropeas es, en sí misma, un nudo asociativo en su origen, al mismo tiempo que es el eco de un conjunto de formas observadas, las que se encuentran así reunidas en una serie indefinida de entrecruzamientos. El diccionario etimológico aparece, de hecho, como una arborescencia cuyas ramas crecen incesantemente, que se ofrece para que un sujeto se inscriba en ellas. Sin duda, a diferencia de lo que, por ejemplo, se encuentra en el Bloch-Wartburg, la ley de las series no se fundamenta ni en el más mínimo documento. Todo es cuestión de reconstrucciones del saber. Pero ese mismo saber está totalmente infectado por un deseo, el del indoeuropeísta, puesto que, después de todo ¿qué es lo que puede ligar a alguien a la reconstrucción de una lengua de la que jamás percibirá el más mínimo elemento, sino un deseo? De ahí, por lo demás, lo risible que, pa-

⁴² La historia de la gramática comparada es, en cuanto a este punto, ejemplar. A su turno, varias lenguas reales han podido desempeñar el papel de lengua causa encarnada: por ejemplo, el sánscrito, el hitita, más tarde. En cada caso la disciplina se ha desarrollado, tratándolas, a su vez, como lenguas efecto.

ra los espíritus razonables, caracteriza a la gramática comparada. Todas las formas que ésta produce presentan esa mezcla de pasión y de trivialidad que atestigua un *plus* de placer.

Para el indoeuropeísta, aunque es necesario serlo por un instante para percibirlo, el indoeuropeo, aplinado bajo la forma de una lengua, es el conjunto de todas las arborescencias de las lenguas particulares, la matriz y la escritura de todos los equívocos.⁴³ En ese sentido, el indoeuropeo concentra en él y encarna los puntos que en cada lengua particular testimonian de una instancia que las excede. Son esos puntos mismos los que hacen la causa para el indoeuropeísta, y suscitan su deseo en cuanto a la lengua. Ese deseo puede ser enunciado así: escribir el exceso mismo, escribir *lalangue*.

Se describe así un eje donde se entrecruzan y se recortan el saber, la escritura y *lalangue* como lugar de los equívocos. Pues el indoeuropeísta anota las arborescencias en una escritura regulada y restringida —por las leyes fonéticas—, y en retorno permite reintroducir lo discernible en cada lengua. Más aún, es quien consecuentemente sostiene lo que hay de Uno en cada una de las lenguas indoeuropeas. Lo que se encuentra, entonces, es el concepto de significante maestro, significante de lo que hay de Uno en todo orden significante, y para cada uno de los significantes de ese orden. En ese sentido, el indoeuropeo es el significante maestro encarnado para cada lengua particular.

⁴³ En este aspecto, el indoeuropeo no carece de relación con la estructura profunda de los transformacionistas. Dos diferencias: 1] la estructura profunda se define de manera tal que por ella misma no puede representar a una lengua, mientras que el conjunto de las formas indoeuropeas constituye una lengua de estatuto pleno; 2] la escritura del indoeuropeo no pertenece a la lógica.

Pero éste es un hecho general, verdad de todas las lenguas ideales, y que hace a la esencia misma de las lenguas. Después de todo, el que se pueda detectar en todas las gramáticas y lingüísticas un núcleo de desconocimiento, importa menos quizá que el simple hecho de que las mismas sean posibles. Luego, esto supone algo nada trivial: las lenguas son transcribibles de manera tal que todo sea allí discernible de todo. En otras palabras, manifiestan que existe el Uno. De ahí la cuestión: ¿de dónde viene el Uno a las lenguas? Del significante maestro, se dirá, pero esto implica, al mismo tiempo, la constante posibilidad de que la existencia del discernible sea referida a un significante ubicado en posición de agente: el agente del discernible, vale decir, precisamente el Amo.

He aquí lo que explica aquello que habíamos señalado con anterioridad: que el lenguaje de la dominación es literalmente obsesivo cuando se trata de fundamentar el discernible en la lengua. La ley, la regla, lo arbitrario, todos esos variados nombres convergen hacia un foco único: el significante del Uno, puesto en posición de actuar sobre la lengua. Sin duda, tanto los gramáticos como los lingüistas pueden arreglarse con eso diversamente. Hay entre ellos quienes le hablan directamente al amo, y desde Riche-lieu nadie ignora la relación que mantiene la regulación idiomática y el restablecimiento del orden de los pueblos (que los comparatistas hayan sentido más gusto por el nazismo que por las democracias parlamentarias, mientras que los formalistas sean generalmente liberales y modernistas, introduce aquí sólo variaciones anecdóticas). Hay quienes obturan totalmente el problema del origen del Uno, como Chomsky, presto a pagar la operación de un retorno de la figura del Amo bajo la forma explícita del militantismo polí-

tico.⁴⁴ Están, finalmente, aquellos, más raros, que al reconocer el problema asumen a su cargo el peso de su solución. Subjetivizan en ellos la posición de agente del Uno, al hacerse los soportes de lo que en la lengua introduce el discernible. Ésa es, creo, la clave de Saussure como sujeto. La locura, en verdad, no comienza en él con los anagramas, sino que ya está presente en el *Curso*; es el mismo movimiento que lo conduce a querer sostener al Uno en el seno de los equívocos sonoros del verso latino y en el de toda lengua posible por lo diferencial. El *Curso*, reconocido por los universitarios, y los folletos de poética, ignorados por ellos, dicen la misma frase, la que sin duda articulaba el deseo de Saussure: lo Uno que marca a las lenguas les viene de otra parte.

Pues eso es, precisamente, lo que está en cuestión: nada, dentro de las lenguas, permite pensar que sean transcribibles en significantes; ahí existe un poder que las excede. ¿Qué otro sino un legislador, divino o no, individuado o no, subjetividad o no, pero de todos modos un amo, podría dar cuenta de eso? Cosa a lo que Lacan precisamente se opone. Si el significante maestro está encarnado, no lo es en un agente, sino en *lalangue*, como que todas las figuras de agentes son sus efectos. Donde se encuentra la proposición: si existe lo Uno en las lenguas —si, por tanto, la lingüística, es posible— es que existe *lalangue*, que los entes hablantes como tales no se fusionan.

⁴⁴ Agreguemos aquí los héroes atípicos, como Pierre Guiraud, que, lingüista en el pleno sentido del término, no menos ha ensanchado la fisura que todos tratamos de rellenar. Léanse sus *Structures étymologiques du lexique français*, sus dos *Villon* y se verá en acto el *gai* saber de la homofonía, adornado oportunamente con los oropeles del carnaval. En cuanto a la figura del significante Uno, se diseña aquí sin ambages. ¿No anuncia acaso Guiraud un tratado del vocabulario sexual?

VIII. Del lingüista

Hasta este momento hemos privilegiado la aproximación al problema desde el ángulo de la lingüística, con lo cual, después de todo, no nos diferenciamos mayormente de los epistemólogos. En revancha queda abierta una pregunta que nada podría articular sino la existencia del discurso analítico: ¿qué pasa con el lingüista?

Con respecto a eso, la proposición fundamental es: la lingüística en sí no constituye un nexo social, sólo puede llegar a serlo por y dentro de la universidad. En ese sentido, no existe un discurso lingüístico, sino sólo una especificación del discurso universitario. Indudablemente, lo mismo podría decirse en la actualidad de la mayoría de las disciplinas que se quieren científicas, pero sabemos también que la relación entre ciencia y universidad no es sustancial; esa relación no siempre ha existido, y ahora mismo, cuando la ciencia predomina en la realidad, sería fácil diseñar las líneas de fractura. El científico como tal no es un profesor. Pero las ciencias llamadas humanas son una excepción; la psicología, la sociología, etc., así como la lingüística, no son posibles sino por el movimiento que puede tornar cualquier segmento de la realidad discernible en materia de un saber. Y ese movimiento, a su vez, sólo

Ver Nijehos
p. 208-211

es posible por la puesta del saber en posición de agente o, dicho de otro modo, por la constitución de un discurso universitario definido por el saber agente; la producción indefinida de sujetos expectantes con un maestro, verdad del dispositivo.

Si en el curso de la aventura la lingüística llega a afrontar un real, mientras que las otras permanecen en lo fantasmático, no es, para el caso, significativo; la lingüística no es para nada responsable de aquél, sólo es su objeto. Se produce aquí una sorprendente articulación: la lingüística, y se puede agregar la gramática, no encuentran el real que la gobierna sino confiriéndole ciertas propiedades que lo hagan representable, como permanencia, univocidad, regularidad, vale decir otras tantas acuñaciones del simple hecho de que un real vuelve siempre al mismo lugar. Pero, esas propiedades resultan ser igualmente aquello por lo cual la lengua es no sólo enseñable, sino también el vehículo de toda enseñanza posible.

Porque la universidad y, allí mismo donde su discurso no haya emergido, toda forma de escuela, supone no sólo entes hablantes y *lalangue*, sino también que esta última los homogeneice para siempre. Supone, por tanto, que *lalangue* sea sometida al principio de lo mismo y lo repetible, que sea interpretable como una lengua. Se alcanza aquí el subsuelo común de un núcleo de realidad y de una institución fantasmática; decir que sólo hay gramática por y para la lengua es decir, al mismo tiempo, que hay gramática solamente para la escuela, y escuela por la gramática.⁴⁵ La

⁴⁵ Consúltese a Dante: "Éste es el pensar que movió a los descubridores del arte gramatical. La gramática, en realidad, no es otra cosa que cierta identidad de lenguaje que no se altera por diversidades de tiempo y de lugares [...] Se hicieron descubridores para que los movimientos de la lengua, ondulando según la voluntad de cada persona, no nos privase de todo medio [...] de acceder a las

lingüística nada cambia de esa estructura, lo que supone es la conjunción de la enseñanza y la ciencia. A diferencia de la gramática, por tanto, posee un nacimiento datable. La gramática comparada de las lenguas clásicas difícilmente podría haber aparecido en otra parte que no fuera la universidad alemana, donde se cumplió la conjunción fundante.

Una consecuencia secundaria, pero permanentemente comprobable, es que, del saber de la lengua, aunque esté inscrito en la ciencia, no se puede esperar otro uso que el de una racionalización de la pedagogía. Por desinteresado que se pretenda el investigador, la escuela está aferrada a sus faldones y le reclama su atención.

El correlato de un saber de la lengua no podría, por tanto, ser otra cosa que el sujeto producido por la estructura de la cual el saber es agente. Por definición, el lingüista estudia y enseña; de ahí la importancia que para él tiene el reconocimiento académico. Incluso el real de que se ocupa no se impone sino mediante un reforzamiento continuado; el reforzamiento que él asegura como sujeto, pero que no podría continuar sin la garantía proporcionada por sus pares, productos ellos también de la acción del saber. De lo que resulta que un lingüista ignorado es una contradicción, pues, en ese caso, el real de su objeto se disolvería entre sus dedos y, como el actor sin público, nada confirmaría su ser. Sólo le quedaría, como a Nietzsche, filósofo ignorado por sus colegas, jugar con máscaras y danzar al son de las cuerdas.

No por eso es menos cierto que el lingüista se relaciona directamente con *lalangue*; comparable en esto con el analista, del que, por lo demás, todo lo separa,

sentencias de las autoridades filosóficas y a los relatos de las antiguas gestas. . ." (De *vulgari eloquentia*, I, ix, II, Pléiade, pp. 568-569).

y distinto de los otros practicantes de las ciencias humanas, a los cuales todo lo aproxima. Aquí reside la sutileza con la que Lacan acredita su causa; resta ver en qué sentido.

Se recuerdan las dos tesis que articulan el objeto de la lingüística:

- la lengua soporta el *no-todo* de *lalangue*;
- la lengua es un todo.

Lalangue está marcada de *no-todo*, en cuanto que aquélla falta siempre a la verdad. Ese *no-todo* se manifiesta como una serie de puntos de imposible: pensar la lengua es afirmar que esos puntos forman una red y que esa red es representable. Pensar, además, que es representable como un todo, y se obtiene de esa conjunción contradictoria las dos proposiciones iniciales: la lengua es el todo del *no-todo*.

Desde luego, la relación entre la lingüística y *lalangue* es necesariamente una relación sutil con el *no-todo*. Sin duda, la lingüística no conoce el real del cual se ocupa, ésta no lo sabe sino a partir del Todo. Pero ese real no se efectúa, en sí mismo, sino del *no-todo*. El real marca a *lalangue* en la medida que ésta es en su estructura lo que hace imposible que la verdad se diga toda. Los defectos que no se dejan de detectar en la lengua con relación a *lalangue* no hacen más que conectar en la representación la constante falencia de *lalangue* misma con relación a la verdad.

Para que el conjunto descontado sobre *lalangue* sea pensado como un Todo es, entonces, necesario que sea eliminada la función que la consagra al *no-todo*: la verdad deviene el límite, autorizando por su misma exclusión proposiciones universalizantes. Es poniendo entre paréntesis la instancia de la verdad, como la lingüística circunscribe su objeto, y llegado el caso

está en condiciones de decirlo abiertamente. Llegamos aquí al efecto último del dualismo que, como hemos visto, sostiene a la lingüística: si el orden de las palabras y el de las cosas deben ser mantenidos separados, no lo es tanto para descartar las visiones del mundo como porque las cosas son aquí las representantes del lugar de la verdad.

Retomemos una vez más, pues, los términos saussurianos. El signo deja de estar definido por su asociación a una cosa, entendido que por cosa se designa tanto el pensamiento de las cosas (los "conceptos") como las cosas materiales, es decir, la clase de todo aquello a lo cual un signo puede estar asociado. Lo que está cuestionado, por tanto, no son las cosas como tales, sino la relación misma de asociación. Al mismo tiempo aparece el punto de mira: la verdad en la medida que es pensada como el propio concepto de asociación adecuada (de un pensamiento y una cosa, de una palabra y una cosa, de un pensamiento y una cosa). Saussure, y después de él todos los lingüistas, eliminan por el dualismo toda instancia de la cual pudiera llegar a las secuencias de lengua un valor justamente llamado de verdad.

Es entonces porque la verdad es la clase de las relaciones de adecuación, y porque todo x que entrara con un elemento de lengua en ese tipo de relación tomaría figura de verdad, que es absolutamente necesario que no haya nada a lo cual la lengua pueda ser dicha adecuada. Pero la clave de esta necesidad consiste en que es preciso que no haya verdad para que la lengua pueda ser aprehendida como un todo, que no le falte nada.

Dicho eso, la verdad no deja de existir. En consecuencia de lo cual, *lalangue* no cesa de ejercer dentro de la lengua y de desordenar el conjunto. La lingüística, al tener por objeto un todo, padece la ley del todo;

debe recorrerlo como todo, consagrada a la exhaustividad en cuanto a su extensión y a la consistencia en cuanto a su intensión. Pero, al mismo tiempo, debe conocer puntos donde el *no-todo* imprime su marca e introduce su ajenidad inquietante en las cadenas de regularidad. Por ese hecho la consistencia resulta afectada, de manera que dos imperativos se contradicen: no podría haber exhaustividad sin inconsistencia, ni consistencia sin inexhaustividad.

Pero las operaciones de *lalangue* son siempre también pasibles de ser encubiertas, y los subterfugios son posibles. Al encontrar un punto crítico, la lingüística, si quiere ser exhaustiva, tiene el deber de señalarlo, y esto de una manera que no produzca inconsistencia en el resto de la notación. De ahí el invento de los símbolos de doble sentido, que señalan, encubren y testimonian al mismo tiempo la existencia de los puntos falenciales.

Veamos algunos ejemplos:

- El concepto mismo de lengua: por una parte designa una totalidad abstracta y cuantificable, destinada, desde que se la presenta, al estatuto de fantasma; es la lengua realidad, que es interpretada como institución, como competencia, como bandera, como conjunto de prácticas, etc. Pero, por la otra parte, y sin que sea posible separar con claridad los hilos, la lengua soporta la barra de imposible que marca *lalangue* en su relación con la verdad, y que es, justamente, imposible de totalizar. Aquí está, muy evidentemente, el doble sentido primitivo, a partir del cual todos los demás son, en cierto modo, su monetización.

- Las categorías (nombre, verbo, adjetivo, etc.): por una parte constituyen los hitos de la enumeración de

la lengua, y forman cuerpo con su representación,⁴⁶ por la otra, encarnan lo Uno dentro de *lalangue*, y por su sola posibilidad efectúan allí la operación del significante maestro.

- El sujeto de enunciación: en una primera lectura se tiene aquí un concepto positivo de la lingüística, que a los fines de la pura descripción, debe distinguirlo del sujeto de enunciado.⁴⁷ Ateniéndose a lo más raso de los fenómenos, puede que para pensar la posibilidad del yo sea necesario afirmar que todo enunciado puede ser referido a un punto, del cual nada se supone, salvo que enuncia. Pero, inmediatamente, ese concepto se abre a otra lectura: el punto al cual el enunciado es referido es al mismo tiempo afir-

⁴⁶ Al igual que las categorías de Aristóteles determinan los modos según los cuales un objeto en general puede ser representado al conocimiento dentro de un juicio; así ocurre con las categorías gramaticales para una lengua en general; es, por tanto, legítimo que el mismo término sea usado de ambos casos.

⁴⁷ Un ejemplo simple: el verbo *saber* es, en francés, seguido por tipos de completivos, uno es *que*, el otro es *si*. Se estaría tentado de decir que la distribución es sintáctica: *que* aparecería cuando *saber* es afirmado; *si* en todas las demás ocasiones, cuando *saber* está negado o interrogado. De ahí el paradigma:

- a) A sabe que B viene
- b) A no sabe si B viene.
- c) ¿A sabe si B viene?

Pero el principio queda inmediatamente refutado, porque se puede tener:

- d) A no sabe que B viene.
- e) ¿A sabe que B viene?

No basta tampoco echar mano al sujeto de enunciado: el saber del sujeto A es el mismo en b) — c) que en d) — e). Tanto más cuanto que a los ejemplos de *que* siguientes de los no asertivos, se puede agregar ejemplos de *si* siguientes de asertivos.

- f) A sabe (seguramente) si B viene.

En realidad, la clave del paradigma reside en el sujeto de enunciación: todo depende de su saber. En a) sabe y en f) ignora que B viene, pudiendo ser el saber del sujeto de enunciado en los dos ca-

Rowley!

mado como sujeto, y se mantiene la posibilidad de que él subjetive el enunciado de una manera que escape a la representación. Eso es lo que testimonia el famoso *no* llamado expletivo, trazo del sujeto de enunciación, no en tanto que subsiste siempre como punto al cual referir todo enunciado, sino, al contrario, en tanto que en toda enunciación el mismo desaparece: no una permanencia sin dimensión, sino la dimensión de un desvanecerse.

Sin embargo, ese sujeto al que se refiere el destino inconsciente del *no* expletivo, y aquel que lastra con su permanencia los enunciados y escalona el conjunto enumerable de los *shifters*, es de seguro, la misma existencia. Ésta se halla simplemente abierta a doble entrada. Siempre le está permitido a la lingüística, para satisfacer la exhaustividad, de fijarla como categoría, —por ejemplo, la de los *shifters*—, pero al hacer eso introduce en su notación un heterogéneo de donde le vendrá eventualmente la inconsistencia: comprobar, por ejemplo, que el sujeto de enunciación puede desaparecer en cualquier parte dentro de las secuencias, e infectarlas con su vacilación indefinida.

Son múltiples los ejemplos parecidos: se los hallará en la teoría de los tiempos, de los modos, en la gramá-

so el mismo; y lo mismo ocurre, *mutatis mutandis*, en todas las cuplas b] / d] y c] / e]; que implica saber y sí no saber para el sujeto de enunciación, pase lo que pase con el sujeto de enunciado.

Así se explican las irregularidades de distribución cuando el sujeto de enunciado y el sujeto de enunciación coinciden en la primera persona: no se tiene frente a f]

- g] yo sé si A viene
- ni frente a d]
- h] yo no sé que A viene.

Sobre ese ejemplo se percibe en qué el sujeto de enunciación permite describir una regularidad, pero se ve también que nada está supuesto en él salvo la existencia. De aquello que, de esa existencia, hace un sujeto, nada hay que saber.

tica de los insultos, en la de las interrogaciones y las réplicas dialogadas. Pero todos, al fin de cuentas, remiten a lo mismo. De lo que se sigue que, al estar la lingüística enteramente recorrida por el doble sentido, cada sujeto dice algo de él mismo eligiendo allí una lectura. A ese título, al menos, la lingüística merece ser llamada piloto, puesto que a cada uno le entrega la hoja de ruta de su preferencia: la tesis sobre el ente hablante que ha querido entender.

Pero eso es cierto del lingüista mismo. A él le incumbe elegir su propio sentido de los símbolos que maneja y, llegado el caso, no ignorar *lalangue*, de la cual su objeto ha sido arrancado, ni tampoco el *no-todo* que incandescentemente marca sus totalidades. Sin duda, y éste es el caso general, bastarán aquí algunos suplementos del alma: lingüista durante la semana, se lee a los poetas los días de guardar. Pero, a veces, algunos no se conforman. Encuentran el *no-todo* en cada uno de los puntos de su construcción, que vuelve, como el fantasma del rey, a perturbar el orden que su eliminación ha permitido seriar.

Esto sólo puede significar una cosa: a la lengua le es restituida la dimensión de verdad que le coloca en falta. Eso no más bajo la forma de un valor que mensura una adecuación, sino en la medida que testimonia la articulación del deseo. Entonces, las representaciones de la lengua diseñan otro contorno y devienen signo de un sujeto deseante. A este último el lingüista lo puede emplazar de muy diferentes maneras: puede ser como una figura de Dios, o él mismo en tanto que desea, poco importa en tanto que lingüista haya deseado.

En ese sentido, lo que decíamos al comienzo sobre el amor por la lengua se muestra demasiado parcial: no son solamente los puristas quienes, al denegar al real todo estatuto de representable, la construyen como objeto (a). Para cualquier lingüista, en el seno mis-

mo de la representatividad está permitida una vía análoga: reconocer que dentro de su objeto un sujeto hace signo y, sin necesidad de figurarlo en mayor grado, puede por ese signo causar su deseo.

En ese momento, ninguna comunidad académica quiere saber nada. En eso, todo lingüista es desconocido, y cuando varios de ellos se reúnen, se guardan muy bien de mencionarlo. Pues cada uno duda demasiado de que algún otro le acuerde los mismos rasgos y la misma consistencia. Por otra parte, se trata de algo muy distinto de lo que los hace lingüistas, los unos para los otros. Es más bien aquello que los hace hombres, esos seres que, al develarse semejantes, no se encuentran unidos sino separados.

De ahí, sin duda, el carácter de pastiche que tiene toda reunión de lingüistas con relación a la comunidad científica. Pues se trata, para que quede asegurado el silencio requerido con respecto al punto nocturno de la contracción, de aferrarse a las formas más convencionales de la demostración y de la notación formalizante. ¿Quién podría ignorar, empero, que en todo momento, del seno mismo del objeto delimitado puede alzarse el espectro de la verdad, testimonio de la incompletud y del desgarramiento del cual dependen el accionar teorizante y la permanencia de las calificaciones académicas?

IX. Envío

La lingüística, actualmente, casi no interesa e, incluso, aburre. Es posible que siempre haya ocurrido así con las disciplinas que se ocupan de la lengua, salvo en aquella época cuando, habiendo la palabra clave tomado la figura del Todo, el estructuralismo hallaba su confirmación y sus recursos entre aquellos que parecía que habían establecido tan sólidamente el poder del Todo sobre la lengua. Pero, en nuestros días el Todo ya no atrae, y las inscripciones que permite son consideradas de buena gana opresivas. La lingüística participa de ese descrédito, enteramente volcada, como se encuentra, a la cuenta del orden monótono que se encargaría de mantener en las almas y en la sociedad. Además, la lingüística se pretende ciencia; y, aun así, al no dar lugar a ninguna técnica bien asegurada (no se ve a qué otra cosa aparte de la pedagogía sirve de validación), la lingüística no es más que eso y subsiste sólo por las escrituras que la califican. Pero es bien sabido que las escrituras de la ciencia, deudoras como lo son del Uno, suscitan un tedio que generalmente es disimulado y compensado por la utilidad de las técnicas. ¿Dónde está aquí, empero, la utilidad?

Además, la lingüística importuna, sin que, por otra parte, haya de qué sorprenderse. Basta con recordar a Freud y lo que predijo acerca del narcisismo herido: la astronomía copernicana, decía, y el psicoanálisis tienen en común el atentado contra el narcisismo. La primera ha desalojado al hombre del centro del universo; la segunda le arrebató la soberanía sobre su psiquismo. No hay dificultad en observar que lo mismo ocurre con relación al enfoque gramatical o lingüístico; atenerse a la lengua como tal, reconocer en ésta las facetas de un real es, un cuanto a la experiencia de las personas, decirles a los sujetos hablantes que hay en la lengua y en cualquier locución, algo de lo cual ellos no son ni amos ni responsables. Ahora bien, eso es precisamente lo que la persona difícilmente soporta con dificultad. ¿De dónde extrae, pues, las insignias de su responsabilidad, sino del hecho de ser hablante? El movimiento por el cual el ente hablante se afirma como género humano, punto de dominación imaginaria sobre el universo, ¿consiste, acaso, en otra cosa que tomar el lenguaje como una propiedad distintiva frente a los seres que no la poseen y que por eso quedan excluidos de la lista de los agentes responsables? Constituir los entes hablantes como conjunto de amos no puede, por tanto, realizarse sino inscribiendo correlativamente *la langue* como Todo.

Eso es, en efecto, lo que hace la lingüística, pero paradójicamente, para instalar en el seno de ese Todo la instancia que despoja al ente hablante de toda responsabilidad, de aquello que lo hace hombre y amo del universo. Ésa es, sin duda, la razón por la cual, de las ciencias llamadas humanas, la lingüística es la única que no se presta directamente a los condicionamientos queridos por el amo moderno y, en consecuencia, la única que no aporta nada, salvo para algunos charlatanes.

Descomponer al hombre hasta el punto donde él se constituye, herir a la persona por la cual se conforta es, por tanto, la ofensa mayor. Se concibe con facilidad que los propios lingüistas no lo soporten constantemente. Así, se los ve correr en forma desesperada lejos de lo que los autoriza, y afanarse por vendar, de una u otra manera, las heridas por ellos causadas. Para eso, dos vías están actualmente en uso. Las significaciones: ¿no es el ente hablante responsable al menos de lo que quiere decir, a pesar de las restricciones que pesan sobre lo que dice? La sociedad: ¿no se inscribe el ente hablante como ciudadano, responsable de sus declaraciones, en la medida en que las mismas afectan su destino y el de los demás? Para las necesidades del resto, ambas vías pueden unirse: basta con remitir a la ideología y descifrar, tanto en los enunciados (considerados prácticas de lengua) como en las operaciones que los analizan, decisiones sociales vehiculizadas por las significaciones.

De esa manera, se desarrolla incesantemente una antilingüística, destinada sobre todo a ayudar a los lingüistas a soportarse ellos mismos. Sociolingüística, semántica generativa o no, interrogativos ideológicos, etc., poco importan los nombres, puesto que se trata siempre de restablecer en la plenitud de sus derechos y deberes a un sujeto amo de sí mismo, o, al menos, responsable de sus decisiones. El universo puede, entonces, girar en la música de las esferas, entre las manos del género humano, curado de la incalificable herida que podría producir el supuesto de que la lengua o alguna parte de la misma le escape.

Esa derivación, después de todo, no debería sorprender. ¿No es acaso observable en todo discurso que afecte a las insignias de la dominación, incluido el psicoanálisis? Puede ser, solamente, que dicha derivación es más constante aquí, puesto que no hay un solo

lingüista que tarde o temprano no caiga en ella, por propia voluntad o a causa del terrorismo del consenso universal. Debido seguramente al hecho de que la lingüística, en la medida que pertenece a la ciencia, no constituye un nexo social sino por intermedio de la universidad, los lingüistas, aprisionados por la red académica, deben formar una comunidad y quieren, en la medida de lo posible, ser intercambiables. Esto prohíbe que ninguno de ellos, como sujetos, articule la palabra que da fe y efecto de verdad. Ninguna otra cosa, entonces, sino una ética secreta y poco colectivizable puede en unos pocos elevar una defensa contra las demandas de la responsabilidad.

No existe, sin embargo, otra manera sino el ser inoportunos para los demás y para uno mismo, si el lingüista quiere alcanzar algún goce. Pues como todos los científicos, y a diferencia, sin duda, del analista, merece un goce: el singular júbilo que produce el desciframiento. ¿Quién mejor que el lingüista podría, dentro de los repliegues de una red de lo real, lanzarse sobre el resplandor de un sentido que no es atenuado por ninguna significación? ¿Quién mejor que él, puesto que la sustancia que manipula no está hecha sino de esos centelleos?

No cabe duda de que, apenas a florado, el sentido se encuentra asignado a las significaciones del orden y de la regularidad, puesto que éstos son los rasgos en los cuales el lingüista reconoce la dominación del Todo que le preocupa. No cabe duda de que, de esas regularidades alineadas en una escritura restringida, y una vez apagada la pasión (¿qué más adecuado para apagarla que el estilo universitario?), no podría surgir sino el tedio. Pero es preciso no equivocarse con esto, dentro de la duración repetitiva construida por las simetrías de las reglas y los paradigmas, se desprende el instante del sentido, el que la regla significa y simul-

táneamente desdibuja.

En ese instante singular, no es el lingüista el que sabe, sino *lalangue* que sabe por él, porque ésa es la verdad de su competencia: no la dominación, sino la subordinación y el descubrimiento de que *lalangue sabe*.

Luego de eso, importa poco que dicho saber deba ser inmediatamente deletreado dentro de una escritura de ciencia. Durante el tiempo de un relámpago, nada distingue a lo que pronto tendrá forma de regla de cualquier juego de palabras —Witz o lapsus—: se trata, al mismo título, de una pesca del sentido a lo largo de las vías del significante.⁴⁸ Es el mismo júbilo que surge, tanto más valioso cuanto que no afecta al lingüista sino en lo que hace de él un ente hablante.

Feliz, no obstante, si, al tiempo de preservar las exigencias del estilo, ese ente hablante pudiera a veces intervenir. Puesta aparte la comunicación académica que, como se sabe, le es indispensable, es la única justificación algo digna que el lingüista podría encontrar para escribir. Pero eso implicaría, por su parte, un esfuerzo inédito: el constituir una escritura tal que en el instante del surgimiento del sentido, éste no se diluya en aquélla, pero que, al mismo tiempo, no se resista a ubicarse, si lo quiere así, en el ordenamiento de las tablas y las reglas. Una escritura, entonces, que no se atreve a decir su nombre, y locuciones de doble sentido. Por lo demás, nada es más fácil, para el lector de un lingüista, que no prestar atención a esa imperceptible fisura donde algo de un goce puede hallarse transcrito, pues la propia fisura se presenta bajo los mismos rasgos de la certeza demostrativa. Más aún, si la transcripción resulta lograda, el instante en el que

⁴⁸ En sentido inverso, cualquier broma referida a la lengua es la inscripción, por el sujeto, de un saber de *lalangue*. Cf. J. Milner, "Lalangue et langue -ou- de quoi rient les locuteurs?," *Change* 29, pp. 185-198 e *id.* 31, pp. 131-162.

surge el sentido no debería presentarse sino en el momento en el que el lingüista ha llevado la evidencia hasta el punto de la conclusión. Es en esa misma evidencia, la que autoriza la conclusión y requiere al asentamiento, donde se debe notar, para quien sabe leer, el ombligo del goce.⁴⁹

"*Lalangue* sabe", ésa es la suposición del lingüista. Funda su goce en el deletreo de ese saber dentro de la escritura de la ciencia, y mediante sus transcripciones invita al mismo a los entes hablantes. No es seguro, sin embargo, que aquellos se emitan aquí. Eso es menos extraño, sin embargo, de lo que se creería al principio, pues es muy necesario para animar con alguna sombra de sentido los cálculos de no sentido de los cuales Jakobson, tras los pasos de Saussure, se ha hecho el explorador. Pues, a pesar de que se tenga, uno no debería, en la contabilización de fonemas de metros reconocer la menor demanda de orden y de simetría: más bien, se trata de poner los elementos constantemente sometidos al Uno al constante servicio de un Otro al que se le asigna el goce. Otro goce, más allá del goce, que soportan en otra parte la mujer o Dios, pero aquí *lalangue*, que hace, hasta ese punto infinito, cruzarse el amante, el místico y el poeta.

⁴⁹ Sería pertinente inventariar las figuras de la evidencia y construir una tipología de los momentos de conclusión. He aquí algunos elementos:

Troubetzkoy: la complementariedad, por la cual dos entes se identificarán por no tener ningún predicado común. Benveniste: la diferencia pura que separa, visto desde un sistema de relaciones, dos entes cuyos predicados empíricos todos son idénticos. Jakobson: disponer en términos de simetría y antisimetría elementos discretos. Chomsky: deducir la serie más errática a partir de algunas escrituras mínimas.

¿Un gran lingüista no es, entonces, aquel que logra hacer aceptar por todos una nueva figura de la evidencia, es decir en el mismo instante una traza inédita de su goce?

Ésta es la posibilidad de la cual el lingüista como tal nada tiene que saber. Todo lo aparta de suponer el menor goce a *lalangue*, lo que no podría sino devaluar su propio goce. A veces, sin duda, el lingüista se encuentra con un poeta y lo escucha, pero es necesario que la hagiografía no nos extravíe. Quien lea uno de los escasos testimonios disponibles sobre este punto, el obituario dedicado a Maiakovsky por Jakobson: ¿cómo no descifraría allí una confesión? La palabra del lingüista se instala sobre el silencio de quienes han servido a *lalangue* y a su goce. Mediante un movimiento que conocemos, del Todo que es el único que lo autoriza, le es necesario, así fuera para coronarlo, desterrar al ser que, como hablante, se consagrara al *no* todo.

A ese precio, la lingüística puede hacerse escuchar: algunas veces tediosa en cuanto a esa Otra vía que aquella misma se cierra, inoportuna a menudo, por mantenerse en la avanzada de un imposible, pero no triste. Al menos si no fracasa en la escritura de sus descifrados. Operación dificultosa, sin duda, pero que ha conocido triunfos: escasos, no comensurables unos con otros, inimitables, dependientes de la pura fortuna; sin embargo, testimonian. Todavía hace falta, para que sean reconocidos, que el ente hablante, convocado por el lingüista para que se asuma como tal, acepte el mínimo; que nadie es el amo de *lalangue*, que ahí insiste un real que, finalmente, *lalangue* sabe. Entonces, por poco tacto que tenga el lingüista, podrá cumplirse en algún punto de las escrituras científicas la feliz coincidencia de la regla y del Witz.